HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 274 - Mayo 2026

Los secretos del amor de María

Reproducción

La bondad personificada

Si bien Dios ha sido ofendido por la falta, el Salvador es glorificado por el perdón, que la destruye. […]

«¡Ea, pues, alma mía! Si estás enferma, te pido por favor que no tengas miedo de acudir al Médico; por el contrario, ve con tanta más confianza cuanto que ha sido por ti, por venir a ti, por lo que salió de su tálamo nupcial y ha marchado con pasos de gigante desde las alturas del Cielo. […]

»¡Locura funesta la de los pecadores que sacan motivos para huir del Médico, de aquello mismo que debería darles más confianza para acudir a Él! ¡Insensato el que tiene miedo de encontrar un enemigo indignado en aquel que vino para curarle!». […]

Es extraño que una persona huya sin que nadie la persiga; pero más extraño todavía es que el impío huya, cuando no sólo nadie le persigue, sino que la misma bondad divina lo está llamando, corre tras él para ofrecerle su misericordia, para ofrecerle el remedio de sus males, prometiéndole que le dará todo lo que pida para su eterna salvación.

Tissot, Joseph.

El arte de aprovechar nuestras faltas.

22.ª ed. Madrid: Palabra, 2011, pp. 97-98.

Nuestro Señor Jesucristo en casa de Marta y María, de Gebhard Flatz - Centro de Recursos Educativos, Vorarlberg (Austria)

Heraldos del Evangelio

Año XXIV, nº 274, Mayo 2026

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Publicado por:
Heralds of the Gospel Foundation
P.O. Box 42359
Houston, TX 77242
United States of America
Phone: 281-676-8526
E-mail: hgmag@heraldsusa.org
www.heraldsusa.org

Virgin of Fatima Association
P. O. Box 698
Nobleton, ON L0G 1N0
Canadá
Phone: 1-800-674-3410
www.virginfatima.org
E-mail: vfa@virginfatima.org
Canadian Publications Mail,
Sales Agreement No. 40035333

Futuro y Vida AC
Av. Parque Vía Reforma # 1950
Lomas de Chapultepec
Alc. Miguel Hidalgo
C.P. 11000 - Ciudad de México
México
Tel: 552591.9161
E-mail: respuestas@heraldosmexico.org

Impreso en Brasil
Laser Press Gráfica e Editora Ltda
Rua Mateo Forte, nº 55 - Água Branca
São Paulo - CEP: 05038-160
CNPJ: 64.907.926/0001-48
Tel: +55 11 3823-3000

© 2026 Heraldos del Evangelio. Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de cualquier artículo, siempre que se acredite la fuente y se envíe una copia a la Revista Heraldos de Evangelio. La responsabilidad por lo expresado en los artículos y notas es estrictamente de sus autores.

Para suscribirse, póngase en contacto con cualquiera de las direcciones indicadas anteriormente.

Sumario

→ Preguntan los lectores 4

→ Editorial
El secreto de Dios y el secreto de María 5

→ La voz de los Papas
Cierta dignidad infinita de María 6

→ La liturgia dominical
«No se turbe vuestro corazón» 8
«No os dejaré huérfanos» 9
Jesús se marchó, pero nos dejó a María 10
Escojamos también la mejor parte 11
La convivencia de las tres personas divinas 12

→ Ejemplos que arrastran
Una iglesia construida con cuarenta céntimos… 13

→ Tesoros de Mons. João
Abrazado por María 14

→ Tema del mes – El Secreto de María
Sabiduría escondida, tesoro inefable 18

→ Un profeta para nuestros días
Hijos de la iniciativa misericordiosa de María 22

→ Santo Tomás enseña
«Ave Maria, gratia plena» 25

→ Verdades católicas
María y la Iglesia – Arquetipo del Cuerpo Místico de Cristo 26

→ Historia, maestra de la vida
Reina de la historia 28

→ ¿Qué dice el catecismo?
La predestinación de la Madre de Dios y la nuestra 31

→ Enseñanzas bíblicas
Eliseo y su siervo Guejazí – La «recompensa» de Guejazí 32

→ ¿Sabías… 35

→ Espiritualidad católica
Victoria o derrota, en nuestras manos 36

→ Vidas de Santos
Santiago el Menor, apóstol y obispo de Jerusalén – Espejo de Cristo 38

→ Doña Lucilia – Luces de una maternal intercesión
Auxilio eficaz en las pequeñas y grandes ocasiones 42

→ Heraldos en el mundo 46

→ Tendencias y mentalidades
Reflexión, serenidad y juicio en el arte de Vermeer 50

Vatican Media

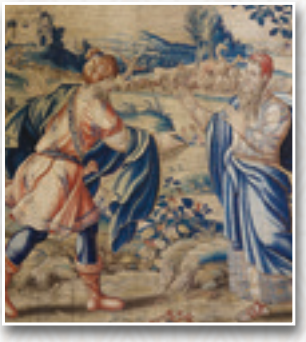
6 El enternecedor elogio de los Papas a María

Thiago Tamura

18 Secreto de amor y misericordia de la Madre de Dios

Francisco Lecaros

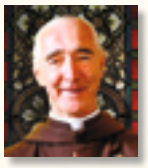
31 Elegida desde todos los siglos



Reproducción

32 ¿Puede quedar impune quien atenta contra el profeta?

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



P. Ricardo José Basso, EP

¿Cómo logramos que nuestros hijos sean santos si nosotros no lo somos?

Javier Acuña Coello – Vía correo electrónico

«Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?» (Sal 129, 3). Querido Javier, ¿quién de nosotros —padres, superiores, maestros, etc.— se atrevería, ante las personas de las que somos responsables, a presumir de nuestra propia santidad? Nadie, sin duda.

Sin embargo, el hecho de constatar que aún no hemos alcanzado la perfección no nos exime de, siguiendo el Evangelio, dar cosas buenas a nuestros hijos (cf. Lc 11, 13a). Tampoco debe llevarnos al desánimo; al contrario, hemos de mantener siempre la confianza: «El Padre del Cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden» (Lc 11, 13b).

En esta promesa del Señor se encuentra toda nuestra esperanza en cuanto a la santificación de nuestros hijos. Porque si es cierto que el divino Paráclito será dado a quien lo pida, y si creemos, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que «el Espíritu Santo es la fuente y el dador de toda santidad» (CCE 749), debemos también estar convencidos de que, por nuestras oraciones, las gracias llegarán en abundancia para padres e hijos. Así pues, la primera y fundamental obligación de los padres consiste en la oración, sobre todo por la santificación de sus hijos, confiándolos particularmente al cuidado de María, la Madre de las madres.

El ejemplo constituye otro elemento importante en la formación de los jóvenes: «El papel de los padres en la educación "tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse". El derecho y el deber de la educación son para los padres primordiales e inalienables» (CCE 2221).

Pues bien, para que este ejemplo sea posible, la condición básica es la presencia… Muchas circunstancias, como el trabajo para el sustento de la familia, pueden requerir ausencias temporales del padre o de la madre, pero éstos nunca deben olvidar que desempeñan un papel único en la formación de sus hijos. ¡Qué triste es ver a los niños intentando comunicarse sin éxito con sus padres, mientras éstos están ajenos a la realidad por culpa del teléfono móvil!

Santa Teresa del Niño Jesús comentó sobre su padre: «Bastaba con mirarlo para saber cómo rezan los santos» (*Manuscrito A*, 18r). Ahora bien, los progenitores que excluyen la oración cotidiana para entregarse al frenesí del mundo digital, un hábito tan frecuente en nuestros días, no pueden ser modelos adecuados para sus hijos.

Otro medio necesario para la educación de la prole son las correcciones, hoy lamentablemente consideradas «anticuadas», pero sobre las cuales insisten mucho las Escrituras (cf. Prov 13, 24; 23, 13; 29, 15). No obstante, conviene subrayar que deben aplicarse con sabiduría, equilibrio y bondad, «no sea que [los hijos] pierdan el ánimo» (Col 3, 21).

Por eso, el incomparable educador San Juan Bosco enseña en una carta: «¡Cuántas veces, mis queridos hijos, en mi larga carrera, he tenido que convencerme de esta gran verdad! Es, ciertamente, más fácil irritarse que tener paciencia, amenazar a un niño que tratar de convencerlo; diría que es también más cómodo a nuestra impaciencia y soberbia castigar a los traviesos que corregirlos, soportándolos con benignidad y firmeza. […] Evitad la agitación de ánimo, las miradas despectivas, las palabras injuriosas. […] Y entonces sí que seremos auténticos padres y corregiremos verdadera y eficazmente» (*Carta*, 29/1/1883).

Cabe añadir que en la familia, en el sacrificio recíproco de unos por otros, ejercitado con paciencia, se produce un hermoso proceso de santificación. Como enseña el catecismo, «los hijos contribuyen al crecimiento de sus padres en la santidad. Todos y cada uno deben otorgarse generosamente y sin cansarse el mutuo perdón exigido por las ofensas, las querellas, las injusticias y las omisiones. El afecto mutuo lo sugiere. La caridad de Cristo lo exige» (CCE 2227).

De este modo, sin desistir jamás y con total confianza en la Santísima Virgen y en San José, modelos incomparables para las familias, padres e hijos podrán caminar juntos hacia la santidad tan anhelada.

El secreto de Dios y el secreto de María

Dios tiene un secreto inmenso, que se resume en un nombre: María. Ése es el secreto por el que el Señor quiso realizar sus obras más portentosas.

La Santísima Virgen es el pórtico grandioso del que brotó todo el amor de la Trinidad sobre la creación. Por Ella, el Verbo eterno, en quien habita «la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9), se hizo hombre, elevándola, por el privilegio de la maternidad divina, al plano de la unión hipostática de modo relativo, muy por encima de los ángeles y de la gracia. Ella estaba en la mente de Dios desde antes de los siglos, en un solo pensamiento junto con Jesucristo, pues era inconcebible el Hijo humanado sin el misterio de la Virgen Madre.

En función de Nuestra Señora, Dios creó todos los seres. Las estrellas y el mar, el fuego espléndido de los querubines o las innumerables arenas de los desiertos, el vuelo del águila y los mayores actos de heroísmo: todo ello canta, de alguna manera, la grandeza de aquella que es la matriz del orden del universo. Hombres y ángeles serán juzgados, por tanto, según se asemejen a María; Ella es el Libro de la Vida.

La Madre de Jesús es también el eje de la historia. Ya en los albores de la obra de los seis días, la prueba de los ángeles consistió en curvarse en adoración ante Dios hecho hombre, nacido de una pura criatura humana: María (cf. Francisco Suárez, SJ. *De angelis*. L. V, c. 6). Los espíritus más elevados, superiores en naturaleza, debían obedecer a una simple mortal. Los ángeles orgullosos se rebelaron y fueron expulsados del Paraíso. Y así, incluso antes de existir en el tiempo, la Santísima Virgen fue la espada que «separó la luz de la tiniebla» (Gén 1, 4) en la aurora de la creación.

He aquí el secreto de Dios. He aquí a María.

Pero si ése es el secreto del Eterno, ¿cuál es el secreto de su Hija, Madre y Esposa? ¿Qué la convirtió en la muy amada en quien el Todopoderoso, por así decirlo, «agotó» su capacidad creadora (cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 25, a. 6, ad 4), haciéndola la más perfecta e insuperable de las criaturas?

Encontramos parte de la respuesta a esa pregunta en la definición que Nuestra Señora dio de sí misma: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38). Tal auge de esplendor sólo podía existir en un alma que guardaba el auge de la humildad y de la servidumbre.

Y en este punto surge nuestro secreto, que, como el de Dios, también se llama María. Solamente en esa actitud de humildad y esclavitud de amor podremos contemplar a la Reina del universo en su debida grandeza. ¡No nos conformemos con horizontes mezquinos! Abrámonos al secreto de María que se irá insinuando a nuestro espíritu a lo largo de las páginas de esta edición.

«Feliz —exclama San Luis Grignion de Montfort— y mil veces feliz es el alma a quien, aquí en la tierra, el Espíritu Santo le revela el secreto de María» (*El Secreto de María*, n.º 20).

Inmaculado Corazón de María - Colección privada

Foto: Reproducción

Cierta dignidad infinita de María

Rodeada de tanta gloria que roza la divinidad misma, María ha merecido, por su eterna elección, perfecta fidelidad y sublime misión, el enternecedor elogio de los primeros de entre sus elegidos: los sumos pontífices.

Elegida antes de todos los siglos

La Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación. […] Está presente ya «antes de la creación del mundo» como aquella que el Padre «ha elegido» como Madre de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional, e igualmente es amada en este «Amado» eternamente.

San Juan Pablo II. *Redemptoris Mater*, 25/3/1987.

Anunciada por figuras y profecías

Anunciada antes con tantas figuras, con tantas visiones y vaticinios de los profetas, y esperada por tanto tiempo de los Santos Padres, por fin, apareciendo adornada del brillo de las virtudes y de toda suerte de gracias, [María] nos libró del cautiverio con su saludable fecundidad, y triturada la cabeza de la serpiente, vestida del sol, teniendo la luna por escabel de sus pies, victoriosa y triunfadora, mereció ser coronada con corona de doce estrellas y, ensalzada sobre los coros de los ángeles, ser llamada Reina del Cielo y de la tierra.

Pablo V. *Immensæ bonitatis*, 27/10/1615.

Inconcebible mayor santidad

[Dios] tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que Ella, absolutamente siempre libre de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios.

Beato Pío IX. *Ineffabilis Deus*, 8/12/1854: DH 2800.

«Llena de gracia»: el nombre de María

«Llena de gracia» (Lc 1, 28), el nombre más bello, con el que Dios mismo te llamó desde la eternidad. «Llena de gracia» eres tú, María, colmada del amor divino desde el primer instante de tu existencia, providencialmente predestinada a ser la Madre del Redentor e íntimamente asociada a Él en el misterio de la salvación.

Benedicto XVI. *Discurso*, 8/12/2006.

Tesorera de la gracia, omnipotencia suplicante

¿Con qué nombre te llamaré, oh cándida paloma de paz? ¿Con qué títulos invocaré a la que los santos doctores llamaron señora de la creación, puerta de la vida, templo de Dios, alcázar de luz, gloria de los Cielos, santa entre los santos, milagro de los milagros, paraíso del Altísimo? Tú eres la tesorera de las gracias, la omnipotencia suplicante, aun la misma misericordia de Dios, que desciende sobre los desgraciados.

Pío XI. *Breve apostólico*, 20/7/1925.

Copartícipe del poder de Dios

Ésta es aquella hermosísima Ester a la que amó tanto el supremo Rey de reyes, que parece la ha hecho copartícipe, no ya de la mitad de su reino, sino, en cierta manera, de todo su imperio y de todo su poder. Ésta es aquella valerosa Judit, a la que Dios concedió victoria sobre todos los enemigos de la tierra. […] Ésta es aquella mística arca de la alianza, en la que se ejecutaron los misterios de nuestra redención, para que, viéndola Dios, se acuerde de su pacto y no se olvide de sus misericordias. Ella es como canal celestial del que descienden las corrientes de las gracias divinas a los corazones de los mortales. Ella es la puerta dorada del Cielo por la que confiamos entrar

algún día en el descanso de la eterna bienaventuranza.

Benedicto XIV.
Gloriosæ Dominæ, 27/9/1748.

La más excelsa entre las criaturas

La Santa Madre de Dios, la más pequeña y la más excelsa de las criaturas, ve las cosas con la mirada de Dios. […] La Madre de Jesús es la mujer con quien Dios, en la plenitud del tiempo, escribió la Palabra que revela el misterio. No se la impuso: primero se la propuso a su corazón y, tras recibir su «sí», la escribió con amor inefable en su carne. Así, la esperanza de Dios se entrelazó con la esperanza de María.

León XIV.
Homilía, 31/12/2025.

Cierta dignidad infinita

De este dogma de la divina maternidad, como de surtidor de oculto manantial, proceden la gracia singularísima de María y su dignidad suprema después de Dios. Más aún: como admirablemente escribe Santo Tomás de Aquino, «la Bienaventurada Virgen María, en cuanto es Madre de Dios, posee cierta dignidad infinita, por ser Dios un bien infinito» (*Suma Teológica*, I, q. 25, a. 6)

Pío XI.
Lux veritatis, 25/12/1931.

Asociada a la obra del Redentor

¿Qué entendimiento profundo se ha dado entre Jesús y su Madre? ¿Cómo explorar el misterio de su íntima unión espiritual? […] Siendo, por disposición de la divina Providencia, Madre-nodriza del divino Redentor se ha convertido de «forma singular en la generosa colaboradora entre todas las creaturas y la humilde esclava del Señor».

San Juan Pablo II.
Redemptoris Mater, 25/3/1987.

Madre de los hombres en el orden de la gracia

Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el Templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia.

San Pablo VI. *Lumen gentium*,
Concilio Vaticano II, 21/11/1964.

Todos los bautizados participan de la fe de María

En la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra la que «ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor» (Lc 1, 45). […] Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, participan de la fe de María.

San Juan Pablo II.
Redemptoris Mater, 25/3/1987.

Miembro excelentísimo de la Iglesia

Por ese motivo [la Virgen María] es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a Madre amantísima, con afecto de piedad filial.

San Pablo VI. *Lumen gentium*,
Concilio Vaticano II, 21/11/1964.

Thiago Tamura

Dios la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad

Virgen Blanca - Colección privada

Admirar no basta, ¡es necesario glorificar!

Ahora bien; ante tanto esplendor de virtudes, el primer deber de cuantos en la Madre de Dios reconocen el modelo de la Iglesia es el de unirse a Ella en dar gracias al Altísimo por haber obrado en María cosas grandes para beneficio de toda la humanidad. Mas esto no basta. Deber también de todos los fieles es tributar a la fidelísima Esclava del Señor un culto de alabanza, de gratitud y de amor, porque, conforme a la sabia y dulce disposición divina, su libre consentimiento y su generosa cooperación a los planes de Dios han tenido, y tienen todavía, una gran influencia en el cumplimiento de la humana salvación.

San Pablo VI.
Signum magnum, 13/5/1967.

3 de mayo – V Domingo de Pascua

«No se turbe vuestro corazón»

P. Louis Goyard, EP

En la hora suprema de la despedida, el Señor nos hace una revelación profundísima y misteriosa, capaz de llenarnos de confianza

San Juan es el único evangelista que se detiene en el sermón que el Señor pronunció en la última cena, inmediatamente antes de dirigirse al huerto de los olivos, lugar de su prendimiento. El Evangelio de este domingo recoge el comienzo de ese sermón, en el que el divino Maestro trata de infundir confianza y firmeza en los discípulos, que, en breve, se verían azotados por la contradicción y la negación.

En respuesta al apóstol Tomás, Jesús se revela en una síntesis que iluminará los siglos: «Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6). En efecto, las multitudes habían visto en Él a un rabí o a un gran profeta; algunos incluso lo llamaron Mesías. Sin embargo, ¡qué lejos estaban de inferir que Él era el propio Verbo encarnado!

Envuelta en misterios, la nueva revelación es profundizada por el Señor en los versículos siguientes, no obstante, sin retirar por completo el velo. Sólo después de Pentecostés los Apóstoles descubrirán toda la profundidad de aquel mensaje.

Se revela como «el camino» y luego añade: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14, 11). Todas las enseñanzas de Jesús apuntaban a la santidad como medio para alcanzar la comunión con el Padre en la vida eterna. Pero el Padre, espíritu puro, es invisible a los ojos humanos… ¿Cómo llegar entonces hasta Él? Precisamente por eso se encarnó el Verbo: estando el Padre en Él, Él hace visible al Padre. Así, el Camino consiste en imitar, en todo, el ejemplo dado por el Señor: se trata, en definitiva, de poner nuestros propios pies en sus huellas.

A continuación, el Redentor se revela como «la verdad» y explica: «Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras» (Jn 14, 10). El Hijo es la Palabra del Padre, incapaz de mentir. Por lo tanto, lo que dice es Verdad absoluta, indudable, de la cual emanan todas las acciones realmente buenas.

Por fin, Él se revela como «la vida» y concluye: «El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre» (Jn 14, 12). De hecho, ninguna obra es eficaz sin la gracia, participación en la propia vida de Dios. Y esa Vida perfectísima, infinita, eterna, el Espíritu Santo la infunde en nosotros precisamente para que realicemos sus obras. Sin embargo, esa divinización por la gracia se pierde por el pecado mortal, que literalmente excluye la Vida de nosotros.

Ahora bien, no hemos sido creados para la muerte, sino para la vida eterna, formando un edificio espiritual del cual debemos ser piedras vivas, según la expresión de San Pedro (cf. 1 Pe 2, 5). La condición para ello es no perder jamás el estado de gracia, la Vida misma en nosotros; adherirnos siempre por la fe a las palabras de la Verdad; e imitar al Redentor en el Camino que ha trazado: cargar la cruz de cada día, morir al mundo y a sí mismo, ¡alcanzar la santidad!

Ningún otro mensaje podría infundirnos mayor confianza en medio de las aflicciones que padecemos en esta tierra, siempre y cuando mantengamos la mirada fija en el «lugar» que el Señor nos prepara (cf. Jn 14, 2). Y por esta razón Él afirma: «No se turbe vuestro corazón» (Jn 14, 1).

Francisco Lecaros

«La Última Cena», de Giotto di Bondone - Pinacoteca Antigua, Múnich (Alemania)

«No os dejaré huérfanos»

P. Hernán Luis Cosp Bareiro, EP

Algunos autores denominan el texto recogido en la liturgia de hoy como la «quintaesencia del Evangelio», tal es su profundidad y riqueza de significado. Poco antes, el Salvador había instituido a los Apóstoles como sacerdotes, entregándoles su propio cuerpo y sangre como signo de la alianza. A continuación, se manifiesta con especial bondad, pues había llegado la hora de partir hacia el Padre. Pero ¿dejaría huérfanos a sus hijos?

Más que doctrinas, el divino Maestro revela una incondicional dilección por sus discípulos. De hecho, cuando se ama mucho a alguien, siempre busca su presencia; lo más desgarrador en una amistad es el alejamiento de las personas, razón por la cual las despedidas suelen ser tan conmovedoras…

Aunque de naturaleza divina, Jesús era también un *hombre perfecto*,[1] que obraba humanamente en todo, excepto en el pecado (cf. Heb 4, 15). Por eso, en su discurso de despedida, expresa sus mejores deseos para con sus discípulos. Además, conociendo la flaqueza y la debilidad de cada uno, no sólo se despide de ellos con emotivas palabras, sino que les promete algo que solamente Dios podría concebir: «No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros» (Jn 14, 18).

Jesús jamás dejaría huérfanos a sus hijos, pero al mismo tiempo era necesario que se marchara. ¿Cómo «resuelve» este dilema? A través del Defensor, el Espíritu Santo, que permanecerá no sólo *junto a* los discípulos, sino también *dentro de* ellos (cf. Jn 14, 17). Y ahí reside la esencia de la vida mística: la presencia de Dios en nuestro interior.

La prueba del cumplimiento de esta promesa se encuentra en la primera lectura (cf. Hch 8, 5-8, 14-17). Los samaritanos, que poco antes habían acogido la Palabra de Dios, recibieron entonces al Paráclito mediante la imposición de las manos de Pedro y Juan. ¡Fue un verdadero nuevo Pentecostés!

Ahora bien, han pasado dos mil años y hoy esa promesa sigue viva en nosotros por el Espíritu de adopción de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 15). Para beneficiarnos de ella, es necesario ante todo un acto interior: «glorificar a Cristo en nuestros corazones» (cf. 1 Pe 3, 15). Esa glorificación se hace efectiva por la caridad, «vínculo de la unidad perfecta» (Col 3, 14), que consiste, sobre todo, en cumplir lo que Cristo prescribe: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14, 15); «El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama» (Jn 14, 21). Únicamente si observamos sus palabras podrá el Espíritu de la Verdad habitar en cada uno de nosotros. Así, no viviremos en la orfandad: seremos verdaderamente hijos. ¡Y lo somos!

Con insondable e infinita bondad, Dios quiso ir aún más allá en esa promesa de su presencia como Padre: nos legó el incansable amparo de una Madre. Confiemos en la protección de aquella que siempre nos ayudará, rogándole que guarde nuestro inestimable tesoro de la filiación divina y que si tenemos la desgracia de perderlo por el pecado nos obtenga la reconciliación por el sacramento de la confesión. Así podremos exclamar con el salmista: «Los que teméis a Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo» (Sal 65, 16). Él es mi Padre, María es mi Madre; ¡jamás seré abandonado!

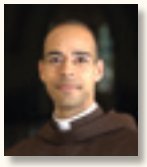
La promesa del Redentor se mantiene firme: si observamos sus palabras, Él no nos abandonará nunca

[1] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. III, q. 2, a. 5, ad 2.

San Pedro y San Juan imponen las manos sobre los samaritanos, de Willem Vrelant - Getty Center, Los Ángeles (Estados Unidos)

Reproducción

Jesús se marchó, pero nos dejó a María



P. Cyril Avinash, EP

¿Cómo el Señor cumple la promesa de permanecer con los suyos hasta el final de los tiempos?

La expresión francesa *Partir, c'est mourir un peu*[1] resuena con especial intensidad al reflexionar sobre el significado de las despedidas en distintos contextos de la vida. Los viajes, por ejemplo, van precedidos de una cuidadosa preparación que culmina en la separación. En estas ocasiones, las últimas palabras cobran aún mayor peso, sobre todo cuando se desconoce la fecha de regreso.

Pues bien, en la solemnidad de hoy se nos invita a meditar sobre la partida del Señor. Él se prepara para un «viaje» sin fecha de vuelta: la Ascensión. Volverá una segunda vez, es cierto, pero «en cuanto al día y la hora, nadie lo conoce» (Mt 24, 36).

Entre las figuras centrales de ese episodio se encuentra María Santísima, que había presenciado los indecibles sufrimientos de Jesús durante la pasión y ahora lo contempla resucitado, a punto de recibir su glorificación terrenal. ¿Cómo habrá sido la despedida entre Madre e Hijo? ¿Qué palabras habrán intercambiado en un momento tan íntimo y, al mismo tiempo, tan grandioso?

Francisco Lecaros

«La Ascensión», de Pedro Serra - Colegiata basílica de Santa María de la Aurora, Manresa (España)

La primera lectura describe a los discípulos reunidos en la última comida con el Maestro (cf. Hch 1, 4). Él los anima, les promete enviar al Espíritu Santo y les confía la misión de ser sus testigos «hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 8). Les ordena que prediquen y bauticen a todos los pueblos, asegurándoles que estará presente entre ellos hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 20).

Tras este momento solemne, el Señor es elevado a la morada celestial. A continuación, dos ángeles reafirman la esperanza de su regreso: «El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al Cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al Cielo» (Hch 1, 11). Pero ¿cómo cumple Él la promesa de su perpetua presencia? A través de María Santísima.

Se puede afirmar, pues, que la preparación para Pentecostés comenzó por la acción de la Virgen. Desde el día de la ascensión, Ella asumió la misión de predisponer el corazón de los discípulos que, en aquel momento, aún se hallaban divididos en dos lamentables grupos: los que dudaban (cf. Mt 28, 17) y los que insistían en la mera restauración política del «reino en Israel» (Hch 1, 6).

Por lo tanto, cabe preguntarse: ¿cuáles habrían sido los frutos de Pentecostés sin la mediación de María? Como canal privilegiado de la encarnación, aceptó la responsabilidad primordial no sólo de disponer a los discípulos para la digna recepción del Espíritu Santo, sino también de prepararlos para la gran tarea de la evangelización. La Madre de la Iglesia supo santificar a los Apóstoles para la misión que les esperaba. A partir de entonces, la historia de la salvación empezó a escribirse, además de por la acción directa del Señor y del Espíritu Santo, por la intercesión de la Madre de Dios y nuestra.

Ante este misterio, conviene reflexionar: ¿pongo mi progreso espiritual en manos de la Virgen, confiando en su intercesión y sabiduría, o intento construir mi santificación basándome en criterios puramente humanos, como hicieron tantas veces los Apóstoles antes de Pentecostés? Que la experiencia de la Ascensión y Pentecostés nos inspire a confiar más plenamente en la Esposa del Espíritu Santo, y así pueda Ella sostenernos hasta el encuentro definitivo con Cristo en el Reino de los Cielos. ✣

[1] Del francés: «Marcharse es morir un poco».

Escojamos también la mejor parte

P. Marcelo Javier Pérez Wheelock, EP

En su autobiografía, Santa Teresa del Niño Jesús narra que, al sentirse algo perpleja para hallar paz interior, decidió leer las epístolas paulinas. Por casualidad, cayeron ante sus ojos los capítulos doce y trece de la Primera Carta a los Corintios y, más concretamente, uno de los pasajes recogidos en la segunda lectura de hoy: «Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo» (1 Cor 12, 12). Concluyó que el miembro «más necesario, el más noble de todos, no le faltaba» y por eso «la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón ardía de amor». Finalmente, exultante de alegría, exclamó: «He encontrado mi sitio en la Iglesia. […] En el corazón de la Iglesia, […] yo seré el amor».[1]

Así como el corazón sostiene interiormente la vida corporal, también el Espíritu Santo, mediante una influencia oculta, vivifica, une y mueve a la Iglesia.[2] En este sentido, bien podrían aplicarse a la santa de Lisieux las palabras del Señor pronunciadas en Betania: Teresa «ha escogido la mejor parte, y no le será quitada» (Lc 10, 42).

En la misa de la vigilia de Pentecostés se nos presenta uno de los mayores pecados narrados en el Génesis: la arrogancia de la torre de Babel. Los hombres llevaron el orgullo a tal extremo que quisieron igualarse a Dios, pretendiendo alcanzar el cielo. Como castigo, el Señor confundió las lenguas, provocando la dispersión por toda la tierra (cf. Gén 11, 4-8).

Por el contrario, la primera lectura de la misa del día narra el descenso del Paráclito sobre los Apóstoles en lenguas de fuego. A continuación, «empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2, 4), pero todos los oían anunciar las maravillas de Dios en sus propios idiomas (cf. Hch 2, 11).

A pesar de la diversidad de lenguas, todos se entendían, pues hablaban un idioma universal… ¡el lenguaje del Espíritu Santo! Por eso, el Apóstol enseña que en la Iglesia «hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor» (1 Cor 12, 4-5).

La liturgia de la solemnidad de Pentecostés presenta, pues, a dos grupos de personas con actitudes interiores opuestas: los constructores de la torre de Babel, orgullosos, seguros de sí mismos y, en consecuencia, incapaces de pedir perdón; y los discípulos que, habiendo reconocido con humildad sus propias carencias y miserias, recibieron el Espíritu Santo e incluso se hicieron aptos para conceder el perdón (cf. Jn 20, 22-23).

La humanidad hodierna, confusa de mente y corrompida de corazón, como en los tiempos de la soberbia babélica, necesita implorar un gran perdón. Más que nunca, la faz de la tierra se encuentra mancillada, seca y oscura por la «torre» de los pecados. Por lo tanto, necesita ser lavada, regada e iluminada por el Espíritu Consolador.

Debemos, pues, tomar una decisión: o elegimos la vía de Babel o la vía de Pentecostés. No hay una tercera opción. Imploremos a María Santísima, Esposa del divino Espíritu Santo, que nos conceda un corazón manso y humilde, semejante al Corazón de Jesús, y nos ayude a escoger la mejor parte.

No existe una tercera vía: o elegimos la de Babel o la de Pentecostés

Francisco Lecaros

«Pentecostés» - Iglesia del Espíritu Santo, Bérgamo (Italia)

---

[1] Santa Teresa de Lisieux. *Manuscrito B*, 3v.

[2] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. III, q. 8, a. 1, ad 3.

La convivencia de las tres personas divinas

P. Ramón Ángel Pereira Veiga, EP

La solemnidad de la Santísima Trinidad nos recuerda la sublime realidad por la cual los bautizados se vuelven «dioses» (cf. Jn 10, 34-36). Altísimo misterio de nuestra fe, la inhabitación trinitaria significa que las tres personas divinas habitan realmente en nosotros.

Un aspecto tan elevado de la vida espiritual no puede ser trivializado en el trato con Dios. Por eso Moisés, tras experimentar la grandeza de lo divino, se postró en tierra y lo adoró (cf. Éx 34, 8-9), como narra la segunda lectura de hoy.

Esta actitud de reverencia estará presente en la piedad de los auténticos héroes de la fe en toda la historia. Cuando el Niño Dios, tan tierno, se manifieste al mundo, los Reyes Magos repetirán el gesto de Moisés en la adoración. El propio Cristo, durante la oración en el huerto de los olivos, se dirigirá al Padre eterno, postrándose en oración ante Él.

¡Cuántos santos, a lo largo de los siglos, se sentirán también impulsados a postrarse en tierra! Incluso los pastorcitos de Fátima lo harán, en actitud de adoración, cuando el ángel les muestre el resplandor de la presencia de Dios en la Eucaristía. En definitiva, ésa es la actitud inmediata del alma humana ante la arrebatadora e irresistible presencia de la divinidad.

Elevar, embellecer, sacralizar: he aquí los efectos del amor trinitario en nuestras almas

Por otra parte, en Lourdes, la Madre de Dios, encantada con el alma pura de Bernadette, la trata con gran consideración, saludándola con hermosas reverencias, amable sonrisa y profundo respeto. Así se dirige la Virgen a una campesina inculta pero santa.[1]

Ahora bien, estas consideraciones se pueden resumir en el término *sacralidad*, que, en la práctica, nos hace partícipes de las alegrías de la relación entre las tres personas divinas: «Mis delicias están con los hijos de los hombre» (Prov 8, 31). Se trata de la felicidad que experimenta el inferior, al sentirse pequeño, de homenajear, respetar, obedecer y honrar a quien está por encima.

¡Cuán diferente es esa convivencia de ciertas «espiritualidades» o «liturgias» que trivializan lo sagrado, hasta el punto de hacerlo desaparecer! Tales desviaciones se manifiestan, por ejemplo, en el trato vulgar hacia Dios, en celebraciones descuidadas e incluso en la pérdida del sentido de lo sagrado en las relaciones cotidianas. Todo ello acaba por debilitar el contacto con el excelso misterio de la inhabitación trinitaria en nosotros.

La Santísima Trinidad - Catedral de Colonia (Alemania)

El respeto ante lo sagrado se ha traducido a lo largo de los siglos en la tradición litúrgica y en su riqueza a la hora de expresar el culto divino mediante reverencias, genuflexiones y postraciones, embellecidas por el órgano, el gregoriano, la polifonía, lo que le confiere a la celebración sacramental su característico esplendor.

Cómo nos ayudan estas realidades externas a tomar conciencia de que somos portadores de este altísimo misterio: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo ¡viven en nosotros!

---

[1] Cf. Werfel, Franz. *A canção de Bernadette*. Dois Irmãos: Minha Biblioteca Católica, 2020, pp. 93-94.

Una iglesia construida con cuarenta céntimos…

Al contemplar las virtudes de San Juan Bosco, hay una que nos llama especialmente la atención: la confianza practicada de manera eximia a lo largo de su vida, sobre todo en asuntos relacionados con la Congregación Salesiana. Muchas veces, de hecho, el auxilio divino parecía tardar demasiado… sometiéndolo a duras pruebas.

«Nuestra iglesia es muy pequeña; solo cabe la mitad de nuestros jóvenes. ¡Vamos a construir otra más grande y más hermosa, adonde acudirán generaciones y generaciones para implorar favores a la Santísima Virgen!», exclamó con entusiasmo Don Bosco un día. El P. Paolo Albera, que años después llegaría a ser el segundo sucesor del fundador, lo miró sorprendido, pues sabía que la salud de su padre espiritual ya estaba debilitada y que la situación económica de la congregación, como de costumbre, rozaba la mendicidad. Intuía también, es cierto, que los deseos de aquel hombre de Dios siempre se cumplían, pero… ¿no sería, esta vez, un propósito demasiado audaz?

Al cabo de un tiempo, contra todo pronóstico, se aprobó el proyecto de la nueva iglesia y, a finales de abril de 1864, se pudo colocar la primera piedra. Don Bosco exultó de alegría en esa ocasión. Se acercó al maestro de obras, a quien le había prometido adelantar parte del presupuesto, y lo saludó: «¡Enhorabuena por el trabajo! ¡Hoy es un gran día! Te voy a dar lo prometido. No es mucho, pero te aseguro que es todo lo que tengo».

Mientras tanto, sacó lentamente de su bolsillo unas monedas… que sumaban cuarenta céntimos. «¡No te preocupes! Ésta es mi parte —explicó el santo—, pero la Virgen enviará el resto, que es su parte, para pagar la iglesia. Yo no seré más que el cajero».

«¡Don Bosco es un temerario, no tiene buen juicio! ¡Se arruinará! ¡Acabará en la cárcel!», murmuraban algunos circunstantes. Sin embargo, con su típica sonrisa de total confianza en Dios, respondió: «¡No temáis! Es necesario que empecemos; luego, Dios nos ayudará. Ya veréis cómo el dinero llega solo. Únicamente soy el tesorero de la Virgen. Si voy a la cárcel, no será mi honor el que esté en juego, sino el de Ella…».

Según contó Don Bosco, numerosas personas de todas partes de Italia, e incluso de Viena, París, Londres y Berlín, tras haber hecho promesas a la Auxiliadora de los cristianos y ver cumplidas sus peticiones, no tardaron en mostrar su gratitud con donativos para la construcción de la iglesia salesiana. Así, podía asegurar que cada esquina y cada piedra del santuario recordaban un favor de la Reina del Cielo.

Este episodio nos ofrece una gran lección. ¿Cómo reaccionamos ante las dificultades que surgen en nuestra vida? ¿Nos desanimamos o confiamos diligentemente en aquella a cuyo imperio están sometidas todas las cosas bajo Dios?

En circunstancias adversas, recordemos el ejemplo dado por San Juan Bosco y pidámosle que nos obtenga la gracia de la confianza inquebrantable en la Auxiliadora de los cristianos, como un niño pequeño en los brazos de su madre, seguros de que Ella pagará todas nuestras «cuentas pendientes», en la tierra y en el Cielo.

Zairon (CC by-sa 4.0)

Luis Zaghi

¿Cómo reaccionaremos ante las dificultades de la vida? ¿Nos desanimaremos o confiaremos?

Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia); a la derecha, San Juan Bosco

Abrazado por María

Llegará un momento en el que la opinión pública, unida a la Santísima Virgen, experimentará el amor gratuito, envolvente e inagotable de aquella que será la Reina efectiva de los siglos futuros.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En su primera epístola, escrita ya en la ancianidad, San Juan Evangelista exhorta a sus discípulos a permanecer en Nuestro Señor Jesucristo mediante la observancia de los mandamientos, en particular el amor a Dios y al prójimo. Y, para mover a ello a sus «hijitos» (1 Jn 2, 1), el que otrora fue llamado «hijo del trueno» (cf. Mc 3, 17) a causa de su temperamento impetuoso, les presenta un argumento muy sencillo: «Amemos a Dios, porque Él nos amó primero» (1 Jn 4, 19).

En estas pocas palabras se encierra una altísima verdad teológica: si bien el precepto supremo consiste en amar al Señor con todo el corazón (cf. Mt 22, 37-38), el don más precioso, no obstante, está en ser amado por Él. Sí, en relación con Dios importa más ser amado que amar, porque, según afirma Santo Tomás de Aquino, el amor divino es tan eficaz que «infunde y crea bondad»[1] en los seres sobre los que incide. De ese amor procede, por tanto, el bien que hay en nosotros y cualquier acto de virtud que practiquemos.

Ahora bien, guardadas las debidas proporciones entre Creador y criatura, algo análogo sucede con la Santísima Virgen, cuya efusión de amor para con nosotros es un desbordamiento del Amor infinito que es Dios (cf. 1 Jn 4, 8). Nuestra Señora nos ama con una dulzura indescriptible a cada uno de nosotros, sus hijos, antes incluso de que nos volvamos hacia Ella, y se adelanta a prepararnos el camino, a concedernos los dones naturales y sobrenaturales necesarios para el cumplimiento de nuestra vocación y a obtenernos torrentes de gracias.

En mi caso concreto, sentí sobre mí esa protección, amparo y cariño materno de María ya desde muy pequeño, como si, aún en la despreocupación propia de la cuna, la fisonomía de la Reina del universo hubiese surgido con destellos indecibles ante mis ojos maravillados, haciendo despuntar la aurora de una entrañable relación con Ella. Más tarde, cuando entablé los primeros contactos con la Santísima Virgen tras el uso de razón, tuve la impresión de encontrarme con alguien que ya me conocía y me amaba.

Ser objeto de ese amor marial, totalmente gratuito y ávido por ayudar, anterior a cualquier movimiento de amor por mi parte, me atrajo de un modo irresistible a lo largo de toda mi vida e hizo que mi corazón rebosara de afecto y reconocimiento.

María no conoce límites en la liberalidad de su amor. Cuando ya nos ha maravillado con su «maternalidad» hasta el punto de hacernos creer que sólo en la eternidad disfrutaremos de caricias mayores, nos sorprende con nuevas dádivas, que casi nos harían olvidar las anteriores, si no fuera porque, muchas veces, son corolarios unas de las otras. Ésa es la vía reservada para aquellos que, a pesar de sus miserias, se dejan mecer confiadamente en sus brazos como frágiles niños en el regazo de su amorosa madre.

He aquí el tema que deseo desarrollar en estas líneas: la más grande demostración de amor de Nuestra Señora por mí; para la que, cabe subrayar, no considero haber concurrido con mérito alguno de mi parte.

Durante el sacramento de la misericordia…

En julio de 2008 se realizaría el retiro anual de los sacerdotes de la Sociedad de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, de la que yo era, además de fundador, el superior general. Sin embargo, en atención a las fervorosas peticiones de hijos e hijas espirituales, accedí a permitir la participación de todos los Heraldos del Evangelio de las ramas masculina y femenina que lo deseasen. Más de mil personas confirmaron su asistencia, lo que obligó a promover ese período de recogimiento en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, hoy basílica menor, situada en el complejo denominado Thabor.

Tal situación iba en contra de las costumbres de la institución, que tendía

Miyazaki

Nuestra Señora aprovechó las circunstancias de un retiro para concederle a Mons. João la mayor gracia de su vida en materia de experiencia mística

Aspecto del retiro en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, en julio de 2008; en el destacado, Mons. João en esa ocasión, durante una de las predicaciones

Carlos Augusto Leal

a organizar sus retiros con un número relativamente reducido de participantes, y no dejó de causarme cierta preocupación. No obstante, con la ayuda de la Santísima Virgen, la arriesgada experiencia fue un éxito. Heraldos de las más variadas edades seguían con naturalidad las meditaciones, que versaban fundamentalmente sobre la virtud de la humildad.

Sin embargo, se presentaba un inconveniente: como el retiro estaba originalmente destinado a los sacerdotes, no tenía sentido sacarlos de su recogimiento para escuchar las confesiones generales de aquella multitud, que, según el esquema ignaciano, debía tener lugar en los primeros días. Se optó entonces por recomendarles a todos que preparasen en el momento oportuno sus exámenes de conciencia, pero que lo guardasen hasta el último día, el cual, tras la meditación matutina, sería dedicado a la administración del sacramento de la penitencia para quienes lo deseasen.

Así, en la mañana del 12 de julio, los numerosos sacerdotes presentes ocuparon todos los confesionarios, capillas y salas disponibles, a fin de conceder la absolución sacramental a sus hermanos de vocación. Durante el retiro yo también había recibido varias solicitudes de algunos hijos e hijas para confesarse conmigo. Pero cuando me dispuse a atenderlos, no quedaba otro sitio público y discreto más apropiado que el espacio entre el tabernáculo y el altar de la iglesia, donde coloqué una silla para mí y un reclinatorio para los penitentes. Nuestra Señora aprovecharía estas circunstancias para concederme la mayor gracia de mi vida en materia de experiencia mística.

… la más alta manifestación sensible de la misericordia de María

La basílica de Nuestra Señora del Rosario está presidida por una expresiva imagen de la Virgen de Fátima con su inmaculado corazón a la vista, tal y como se manifestó en una de sus apariciones en Cova da Iria. Me encontraba a medio metro del sagrario y a poco más de un metro de esa réplica.

El ambiente de las confesiones era propicio para un examen de conciencia, y mientras atendía a uno de los penitentes, me lamenté juzgando que a lo largo de las exposiciones del retiro no me había referido a María Santísima tanto cuanto debería. En aquel mismo instante sonaron por los altavoces del recinto sagrado los acordes del himno gregoriano *Rosa Carmeli*, que me trajeron a la mente mi primer encuentro con el Dr. Plinio en la basílica del Carmen.[2]

Este recuerdo vino acompañado de la idea del inconmensurable amor de la más tierna de las madres por el Niño Jesús, cuando lo llevaba en su regazo, y de cuán extraordinario debía ser, no sólo para su divino Hijo, sino también para cualquiera que por ventura recibiera esa gracia, descansar así en sus brazos. A pesar de la consideración de mis propias miserias, sentía un gran deseo de levantar la mirada hacia Nuestra Señora, que estaba tan cerca, pero en un primer momento preferí mantenerla recogida durante la confesión.

Al fin, cedí a ese filial impulso, me volví hacia la imagen y, de repente, me abstraje por completo de la realidad concreta, como si estuviese fuera de mí y del ambiente que me rodeaba. Me sentí entonces físicamente en los brazos de la Santísima Virgen, con la frente apoyada en su hombro y en su rostro —y afirmo esto con el mayor respeto y sin atreverme a hacer ninguna comparación absurda—, como el Niño Jesús aparece en las imágenes de la advocación *Sedes Sapientiæ*. Y María me acariciaba con sus manos virginales, No me dijo nada, pero… ser acariciado y abrazado por la Reina del Cielo y de la tierra… ¿Qué más se puede desear?

Mauricio Reis

«Me sentí entonces físicamente en los brazos de la Santísima Virgen, con la frente apoyada en su hombro y en su rostro, como el Niño Jesús aparece en las imágenes de la advocación "Sedes Sapientiæ"»

Lugar donde Mons. João escuchó confesiones durante el retiro

Esta experiencia también abarcaba el sentido de la vista, de manera que veía a Nuestra Señora más o menos como la representa la mencionada imagen de Fátima. Con todo, hasta tal punto el abrazo era corporalmente sensible y envolvente, que no logré fijar con exactitud sus rasgos fisonómicos en la memoria. Absorto en aquel «cielo», no tomé ninguna iniciativa; simplemente me dejé abrazar por mi Madre. Un caudal de consolación se apoderó de mí como nunca antes en mi vida, llevándome a derramar abundantes lágrimas.

Aunque el fenómeno ocurrió mientras oía una confesión, el penitente no se percató de nada. Quizá la Providencia lo dispusiera así para que me viera obligado a contenerme un poco, temeroso de que quien declaraba sus faltas en el santo tribunal de la penitencia juzgase que yo lloraba a causa de sus pecados. Si hubiera estado solo, ¿qué habría podido pasar? Tal vez habría muerto, pues enseña Santo Tomás[3] que en esta vida no es posible al hombre disfrutar de la bienaventuranza plena.

Dejémonos amar por la Virgen

La narración de este episodio nos recuerda el significado de la palabra *misericordia*, es decir, amor al miserable, sublime misterio diametralmente opuesto al misterio de iniquidad. Cuando Nuestra Señora ama a alguien con una predilección gratuita de su Corazón, ¡basta con que la persona se deje llevar!

Debemos tener una confianza absoluta en el Salvador y en su Madre Santísima. El Señor no nos ama por algún bien que haya en nosotros, sino porque, al ver nuestra nada, siente la necesidad de infundir en ella el Bien que Él es en esencia. Cuando encuentra a un miserable, el Corazón de Jesús gime de deseo de ayudarlo, pues para ese fin fue creado y sólo así puede demostrar la superabundancia de su amor. Guardadas las debidas proporciones, lo mismo ocurre con la Santísima Virgen. ¿Cómo iba a ser diferente si su Corazón, según la feliz expresión de San Juan Eudes,[4] es uno con el Corazón de Jesús?

Fui «víctima» de ese amor al ser abrazado por Nuestra Señora. Por lo tanto, hablo con conocimiento de causa. Y comprendí mejor esta realidad cuando, en 2010, sufrí un accidente cerebrovascular que supuso un giro radical en mi vida y marcó el inicio de largos años de padecimientos físicos y morales. En medio de este verdadero vía crucis, puedo afirmar que el amor de María manifestado en aquel abrazo siempre me sostuvo, incluso en los momentos de mayor aridez.

Pero ¿cómo infundir en las almas el entusiasmo por ese amor que, para quien lo ha experimentado, es algo tan natural? Al observar a las personas con las que entro en contacto en el ejercicio de mi ministerio, a menudo me viene a la mente el siguiente pensamiento: «¡Si éste, aquel o aquel otro supiesen cuánto los aman el Señor y su Madre Santísima, se convertirían en grandes santos!». La dificultad radica en que juzgamos el amor de Jesús y de María por nosotros según los criterios humanos a los que estamos acostumbrados, es decir, en función de nuestra correspondencia y de nuestros méritos.

En realidad, ¿qué espera Dios para colmarnos de su amor? En primer lugar, la simplicidad, virtud muchas veces ignorada. Cuando el Todopoderoso quiere dejarse vencer por alguien, lo hace a través de la simplicidad; así fue como la Virgen lo «venció». Hacernos pequeños ante el Altísimo y su Madre nos otorga ese premio insuperable.

Cuántas veces nos quejamos de arideces espirituales y de la falta de estímulo interior para la práctica de la virtud. En esos momentos, conviene preguntarnos: «¿Me estoy haciendo pequeño?». La relación con nuestra Soberana y la comprensión a respecto de Ella sólo florecerán a partir de esa actitud de

alma incentivada por el divino Maestro en el Evangelio (cf. Mt 18, 3).

La Virgen quiere abrazar a la humanidad en el Reino de María

Como conclusión de estos pensamientos, deseo manifestarle al lector mi anhelo de que el abrazo recibido en 2008 se extienda a incontables personas, pues creo que fue el anuncio de otros y prenda de un nuevo régimen de gracias que María Santísima quiere obtener para la humanidad.

Para mí, el abrazo que recibí de Nuestra Señora el día 12 de julio de 2008 significó exactamente esto: la Reina del universo me abría las puertas del Reino de María. ¿En qué sentido? Se podría decir que esa era marial, en su aspecto más elevado, consistirá en un abrazo de Ella a todos sus hijos.

Sí, porque la mística no constituye un privilegio de los grandes contemplativos ni de unos pocos llamados a una vía excepcional, tal como llevaría a pensar una concepción deformada de la espiritualidad, arraigada en tantas almas y ambientes. El camino ordinario de la santidad comporta tanto la ascesis, asistida por las gracias cooperantes, que exigen nuestro esfuerzo, como la mística, caracterizada por gracias eficaces y sensibles, que nos hacen experimentar en lo más profundo del alma quién es Dios.

De este modo, todos aquellos que, por bondad gratuita, han sido elegidos para contemplar el Reino de María, deberán ser favorecidos con gracias místicas de altísimo quilate, pues sólo así esa grandiosa época histórica dará los frutos profetizados por tantos santos, para mayor gloria de Dios.

Por eso, albergo en mi corazón la certeza de que llegará un momento en el cual la opinión pública entregada a la Santa Iglesia y, por tanto, debidamente unida a María Santísima, experimentará, por una especial acción de Dios, el amor gratuito, envolvente e inagotable de aquella que será Reina efectiva de los siglos futuros. En una palabra, llegará un día, y no está lejos, en que María abrazará a sus hijos fieles, como tuvo la bondad de abrazarme a mí.

He aquí una promesa que, apoyado en lo que la gracia sopla en mi interior, hago a los que leen estas líneas: «Si sois verdaderos hijos de la Virgen, o sea, si os dejáis amar por Ella, seréis abrazados como yo lo fui un día». Y ese abrazo nos preparará para el abrazo eterno que Ella nos dará en el Cielo cuando, no por nuestros méritos, sino por su misericordia, lleguemos allí.

«Si os dejáis amar por Ella, seréis abrazados como yo lo fui un día»

Nuestra Señora Sede de la Sabiduría - Colección privada

Insensatos son aquellos que abandonan el maternal manto de María para refocilarse con las bellotas de los cerdos en el mundo paganizado y revolucionario de nuestros días, que amenaza con derrumbarse en cualquier momento. Insensatos, sí, porque estar bajo la égida de este manto sagrado significa señal de predestinación y garantía de muchas gracias. Sepamos, cobijados en él, esperar los grandes acontecimientos que ya se vislumbran en el horizonte.

Tales acontecimientos nos traerán los tiempos benditos en los cuales, como nunca antes en la historia ha sido alguien capaz de hacerlo, a excepción de San José, la humanidad penetrará en la comprensión amorosa de la persona de la Santísima Virgen, de su espíritu, de su mentalidad y de su misión.

Por nuestra parte, nos corresponde esforzarnos para entrar en ese *hortus conclusus*, jardín cerrado que sólo Ella puede abrirnos, y así corresponder al deseo que nuestra Madre tiene de ser conocida y amada con un amor perfecto. Cuando ese jardín se abra, el Cielo se unirá a la tierra, los infiernos serán derrotados y los ángeles se unirán a los hombres para cantar: «¡Gloria a María en su Reino, pues su Inmaculado Corazón ha triunfado!». ✣

Extraído, con adaptaciones, de: *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. I, pp. 31-33; 153-181.

---

[1] Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. I, q. 20, a. 2.

[2] Nota de la Redacción: encuentro que tuvo lugar el 7 de julio de 1956, hito en la entrega de Mons. João al servicio de la Santa Iglesia.

[3] Cf. Santo Tomás de Aquino, *op. cit.*, I-II, q. 5, a. 3.

[4] Cf. San Juan Eudes. *The Sacred Heart of Jesus*. Fitzwilliam: Loreto, 2004, pp. 108-110.

El Secreto de María

Sabiduría escondida, tesoro inefable

De entre todos los bienaventurados, la Santísima Virgen es la más cercana a nosotros, y en la relación espiritual con Ella se oculta un preciadísimo secreto…

Bruna Almeida Piva

Obra maestra de la creación, María Santísima ha sido favorecida por Dios con una perfección tan sublime y unos dones tan excelsos que la Iglesia, en su deseo de honrarla dignamente, se ha mostrado «inagotable» en sus elogios, proclamados sobre todo por los labios y la pluma de sus santos y doctores.

Santo Tomás de Aquino afirma que «la Bienaventurada Virgen por ser Madre de Dios, tiene una cierta dignidad infinita que le proviene del bien infinito que es Dios».[1] Por su parte, San Luis María Grignion de Montfort se refiere a Nuestra Señora como «el gran y divino mundo de Dios, que contiene bellezas y tesoros inefables; […] la magnificencia del Altísimo, donde ocultó, como en su propio seno, a su Unigénito, y con Él, todo cuanto hay de más excelente y precioso». Y continúa el eminente apóstol mariano, en un arrebato de entusiasmo: «La altura de sus méritos, elevados por Ella hasta el trono de la divinidad, es inaccesible; la anchura de su caridad, más dilatada que la tierra, no se puede medir; la grandeza del poder, que tiene aun sobre el mismo Dios, no puede comprenderse; y, en fin, lo profundo de su humildad, como de todas sus virtudes y de todas sus gracias, es un abismo que no puede sondearse».[2]

Al conocer estas y tantas otras alabanzas, nuestra fe sin duda exulta de admiración y embeleso por la Reina del universo. No obstante, la contemplación de sus ilimitadas grandezas puede provocar en nuestra alma un comprensible sentimiento de pequeñez: «¡Madre mía, eres tan hermosa y admirable! Y yo, qué pobre y miserable… Hay un abismo entre tú y yo, y no puedo verte más que como un paraíso inaccesible, una luz sublimísima que tiene conmigo, a lo sumo, una relación distante y etérea».

Sin embargo, no podría haber un razonamiento más equivocado.

Oleksandr Ryzhkov / Freepik

Timothy Ring

La Madre de Dios nos mira con pena y con el deseo de hacer bien a todos y cada uno

Nuestra Señora de Fátima - Colección privada

Una relación que encierra un sublime misterio

Para las almas que recurren a María, uno de los aspectos de su santidad que más brilla es su compasión para con los pecadores. Lejos de desdeñarnos por nuestra debilidad, Ella nos mira con pena, con el deseo de hacernos bien, con una misericordia colmada de prerrogativas: inagotable, pacientísima, clementísima, incansable, inquebrantable…

Siempre solícita y bondadosa, la Santísima Virgen se adapta a nuestra dimensión para favorecernos; y lo hace no sólo para el beneficio de unas pocas almas privilegiadas, sino para cualquiera, para todos los hombres del pasado y del presente, para los pecadores que llenan las calles; para *todos*. Ella es exactamente así.[3]

Como si tanta bondad no fuera suficiente, la Reina del universo, que goza

Sumario

en el Cielo de las infinitas alegrías de la visión beatífica, posee además este deseo insaciable: el de relacionarse más estrechamente con nosotros. Y en esa relación, mediante la cual correspondemos a su amor, se oculta un misterio preciosísimo, que San Luis Grignion señala como «el gran secreto para llegar a ser santo»[4] y, más aún, el medio indispensable para la instauración efectiva del Reino de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra.[5]

Fuente inagotable de la gracia

Al abordar el papel de la Santísima Virgen en nuestra santificación, San Luis es enfático. Argumentando sobre la base de la doctrina tradicional, sostiene que el principal medio para alcanzar la gracia divina sobreabundante es cultivar una ardiente devoción mariana y, por tanto, establecer un profundo vínculo espiritual con Nuestra Señora. Esta tesis es corroborada por grandes teólogos, como San Alberto Magno,[6] y por mariólogos más recientes, como Roschini[7] y Alastruey.[8]

En efecto, María ha sido la única que ha hallado gracia ante Dios, para sí misma y para todos los hombres, pues dio a luz al propio autor de la gracia, lo que le valió el título de *Mater Gratiæ*.[9]

Si seguimos la esplendorosa vía espiritual de la unión con la Santísima Virgen, las gracias abundantísimas que recibiremos harán fructificar maravillosamente en la práctica de los tradicionales medios de salvación. En este arduo camino, Nuestra Señora nos iluminará con su luz, nos alimentará con su leche, nos guiará con su espíritu, nos sostendrá con su brazo y nos guardará bajo su protección. Ella misma será la savia vital que impulsará a cada uno de nosotros hacia la unión con el Sagrado Corazón de su divino Hijo.[10]

Por María, todo puede ser restaurado

Afirmar, no obstante, que la Santísima Virgen dispone de plenos poderes para santificarnos a partir del momento presente todavía no es suficiente. Su poder se extiende, en cierto modo, incluso sobre nuestro pasado.

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,[11] ardentísimo devoto mariano, en una conversación con algunos de sus hijos espirituales, explicó un bellísimo aspecto de la santidad de Nuestra Señora en relación con nosotros, basándose en el hecho aceptado por la mariología de que Ella posee en sumo grado todas las gracias generales y especiales concedidas a todas las criaturas.[12]

Dado que María estuvo exenta de todo pecado o imperfección, y siempre correspondió de manera perfectísima a todas las gracias, debemos considerarla —concluye el Dr. Plinio— como un arca sagrada que contiene todo lo bello, bueno y verdadero que los hombres han rechazado a lo largo de la historia, en proporciones inimaginables. Estos esplendores permanecen en Ella en un estado de integridad y de plena aceptación, y es sin duda por eso por lo que la humanidad, habiendo repudiado a Dios de un modo tan cruel y habiéndose precipitado en abismos de impiedad, aún puede recibir el perdón y ser restaurada.

Así pues, cuando sintamos remordimientos por nuestras infidelidades o añoremos los esplendores de la cristiandad, imaginemos el pasado viviendo en Nuestra Señora y consolémonos con la idea de que, por su intercesión, todo puede ser restaurado. En el ámbito individual, podemos pedir también que la Virgen ofrezca a Dios por nosotros la integridad que no tuvimos, porque Ella representa en sumo grado lo que deberíamos ser, y que ofrezca, por tanto, a Jesucristo los honores que no le habíamos tributado.

Como se puede concluir, María Santísima resume en sí la solución perfecta para cada uno de nosotros y para toda la historia. Con razón, la Iglesia la invoca, desde tiempos inmemoriales, como «vida, dulzura y esperanza nuestra», y San Bernardo le suplica: «Madre de la vida y de la salvación, tu integridad excuse en presencia de tu Hijo de la culpa de nuestra corrupción».[13]

Gustavo Kralj

María Santísima resume en sí la solución perfecta para cada uno de nosotros y para toda la historia

Nuestra Señora de la Misericordia, de Lippo Memmi – Catedral de Orvieto (Italia)

El más alto grado de unión con Dios

Esta solución, que ha de extraerse de la especial devoción a Nuestra Señora, no consistirá, sin embargo, en una «santidad común» —si se puede decir así—, sino en una elevadísima unión con Dios, bien expresada en la

Uoaei1 (CC by-sa 3.0)

El reinado de Cristo por medio de María será la era histórica «en la cual su espíritu estará presente en cada criatura y su amor cubrirá, como una niebla alba y discreta, toda la tierra»

Vista del valle de Erlauf, en los Alpes de Ybbstal (Austria)

exclamación de San Juan Eudes: «Los héroes, los genios en el orden de la gracia, las maravillas de santidad han descollado sobre todo en la devoción a la Virgen, la santa por excelencia. Y precisamente en su escuela, es donde han aprendido los secretos de la santidad y sacado las gracias de luz y de amor que les ha hecho ascender a la cima de la perfección».[14]

De ahí que San Luis Grignion se refiera a la relación con María como un secreto, desconocido para la mayoría de los hombres. Aquellos que sean introducidos en este secreto serán regenerados para la vida sobrenatural, en un fenómeno similar al que ocurrió con el Niño Jesús durante su sagrada gestación: María los sostendrá con su existencia y los alimentará con sus virtudes;[15] se convertirá en la vida de sus hijos en el plano espiritual, y éstos ya no pensarán, querrán ni actuarán sin Ella, lo cual constituye el más alto grado de unión con Dios.[16] Las almas así introducidas en lo más íntimo de Nuestra Señora llegarán a ser *copias vivas* de Ella para amar, servir y glorificar a Jesucristo.[17]

Comentando los efectos de la devoción mariana, Mons. João Scognamiglio Clá Dias,[18] conjetura que, al ser el bien eminentemente difusivo, la Santísima Virgen hará que participemos de alguna forma en la superabundancia de la gracia que Ella posee por estar vinculada al plano de la unión hipostática. Por así decirlo, la Madre de Dios «derramará» su propia voluntad en nuestras almas, a modo de un líquido precioso vertido en una copa de cristal; pasaremos a tener su mentalidad y a querer todo cuanto Ella quiere, por libre aceptación, como un ángel en el Cielo.[19]

En esa relación espiritual con Nuestra Señora, podemos convertirnos en almas marianas, siguiendo un camino de santidad más suave, tranquilo, seguro. Por la gracia, se forjarán grandes santos que, comparados con los del pasado, serán como cedros del Líbano en relación con arbustos.[20]

En consecuencia, el reinado de Cristo por medio de María será la era histórica «en la cual su espíritu estará presente en cada criatura y su amor cubrirá, como una niebla alba y discreta, toda la tierra. Así como en los días actuales se inhala por cualquier parte el hálito pestilente e inmundo [del demonio], caracterizado por la rebelión, el igualitarismo y la sensualidad desenfrenada, durante el Reino de María se respirará el suave perfume de la presencia y de las virtudes de la Reina celestial, tanto en las almas y en los ambientes como en las costumbres y hasta en las civilizaciones».[21]

«Madre mía, soy todo tuyo»

Ahora bien, ¿en qué consiste esa proficua relación con Nuestra Señora? ¿Y cómo alcanzarla?

La respuesta a estas preguntas la expone el apóstol de María en su célebre *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. En esta obra, San Luis enseña una forma de devoción que nos obtiene la unión más íntima posible con Ella, es decir, la *esclavitud de amor*.

Esta esclavitud sagrada consiste en entregarse enteramente a Nuestra Señora para, por medio de Ella, ser todo de Jesucristo. Es necesario ofrecerle nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros; nuestra alma con todas sus potencias; nuestros bienes interiores y espirituales, que son nuestros méritos, nuestras virtudes y nuestras buenas obras pasadas, presentes y futuras, así como todos nuestros bienes materiales; en resumen, todo lo que tenemos y podremos tener en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, sin reserva ninguna.[22]

Quienquiera que haya abierto su alma a la misericordia desbordante de la Santísima Virgen comprenderá que la consagración propuesta por San Luis Grignion es un simple corolario de esa relación con la Madre de Dios; y también, como comenta Roschini,[23] una necesidad para todo cristiano digno de ese nombre. En efecto, de la aceptación amorosa de la misericordia brota espontáneamente el deseo de esa bendita esclavitud. Es como si Nuestra Señora nos hubiera dicho: «Hijo mío, por encima de todo y pese a cualquier defección, ¡te quiero!»; y hubiera recibido de nuestra parte la respuesta: «Madre mía, soy todo tuyo».[24]

El alma así consagrada siempre podrá afirmar que todo cuanto hace, independientemente de su importancia, pertenece a Jesús y a María en virtud de su ofrecimiento;[25] y, perseverando en esta gracia, disfrutará libremente de los insondables beneficios meditados en estas páginas, y de muchos otros que no se pueden enumerar.

Los justos entrarán por esa puerta

«Te basta mi gracia» (2 Cor 12, 9), le respondió el Salvador al Apóstol de las gentes cuando éste le pedía auxilio en la tentación. Este consejo, que trasciende los límites de la dificultad individual de San Pablo, se aplica a todos los que nos esforzamos en este valle de lágrimas.

La gracia divina es lo único que necesitamos y de lo que depende nuestra salvación y la del mundo entero. Que otros se dediquen a acumular méritos por sus propias fuerzas; en cuanto a nosotros, busquemos la gracia y busquémosla en aquella que es y siempre será la «llena de gracia» (Lc 1, 28): ¡María![26]

La Santísima Virgen es verdaderamente «la puerta del Señor», proclamada en el Libro de los Salmos (cf. Sal 117, 20): todo aquel que quiera ser justo y trabajar eficazmente por la restauración del mundo entrará por ella. ✣

Archivo Revista

La Santísima Virgen es verdaderamente «la puerta del Señor»: todo aquel que quiera ser justo entrará por ella

Nuestra Señora de las Gracias - Colección privada

---

[1] Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. I, q. 25, a. 6, ad 4.

[2] San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 6-7.

[3] Cf. Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 9/1/1982.

[4] San Luis María Grignion de Montfort. *El Secreto de María*, n. 1.

[5] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 13.

[6] Cf. San Alberto Magno. *Mariale*, q. 164.

[7] Cf. Roschini, OSM, Gabriel. *Instruções Marianas*. São Paulo: Paulinas, 1960, pp. 251-252.

[8] Cf. Alastruey, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1956, p. 626.

[9] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *El Secreto de María*, n.º 7-8.

[10] Cf. Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *¡María Santíssima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres.* Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. III, p. 133.

[11] Cf. Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*, 13/12/1977.

[12] Cf. San Alberto Magno, *op. cit.*, q. 164.

[13] San Bernardo de Claraval. *Sermo tertius in Adventu Domini*, n.º 5.

[14] San Juan Eudes. *María. Meditaciones.* Bilbao: Vizcaína, 1951, p. 21.

[15] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 206.

[16] Cf. Clá Dias, *op. cit.*, pp. 140-141.

[17] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 217.

[18] Cf. Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *Charla*. Madrid, 17/4/1999.

[19] Cf. Corrêa de Oliveira, Plinio. *Conferencia.* São Paulo, 26/4/1974.

[20] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, nº. 47; 152-182.

[21] Clá Dias, *¡María Santíssima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, *op. cit.*, p. 123.

[22] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 121.

[23] Cf. Roschini, *op. cit.*, p. 255.

[24] Cf. Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 9/1/1982.

[25] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 136.

[26] Cf. San Bernardo de Claraval. *Sermo in Nativitate Beatæ Mariæ Virginis*, n.º 7-8.

Hijos de la iniciativa misericordiosa de María

A lo largo de los siglos, la Santísima Virgen ha derramado sobre la Iglesia, de manera progresiva, sus auxilios y favores. La devoción al Inmaculado Corazón de María parece llevar el ápice de su misericordia a una humanidad pecadora, para obrar en ella una prodigiosa conversión.

Plinio Corrêa de Oliveira

En los escritos de sor María de Jesús de Ágreda,[1] en los que registra las revelaciones sobrenaturales que recibía, se dice que en el Apocalipsis hay muchos conceptos especiales, contenidos de forma simbólica, aún no desvelados, acerca de la relación de la Virgen María con los Apóstoles, especialmente con San Juan Evangelista.

Cuando llegue el día en que los teólogos comprendan las cifras del Apocalipsis con respecto a esto, conocerán todo el tesoro que encierra la Revelación, y el magisterio de la Iglesia podrá ejercerse en su plenitud ante el nuevo panorama. Aunque esa idea de María de Ágreda no esté demostrada por el simple hecho de que ella lo diga, no tiene nada de heterodoxo. Presumiblemente, habrá un momento en que esto se desatará y ese conocimiento se consumará.

Esta hipótesis concuerda con lo que afirma San Luis Grignion de Montfort sobre el progreso del misterio de la gracia. A lo largo de los siglos ha existido una devoción a la Virgen María que, en cierto momento, por deseo suyo, empezó a adquirir mayor consistencia. La devoción a Nuestra Señora desarrolla en las almas este misterio, y es su triunfo el que pone fin al reino del demonio y establece el verdadero Reino de María.

Inmaculado Corazón de María - Colección privada

> *Hubo una devoción a la Virgen a lo largo de los siglos que, en cierto momento, por deseo suyo, empezó a adquirir mayor consistencia*

Existen algunos indicios —muy ortodoxos, serios y sólidos, aunque aún no del todo claros— por los que se entiende algo acerca de esa acción misteriosa de la Virgen en las almas.

Fuente inagotable de compasión para el pecador

Hubo un tiempo en el que estuve leyendo sobre las devociones al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María —incluidas encíclicas al respecto— para responder a la siguiente pregunta: en esencia, ¿qué es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y, por extensión, al Inmaculado Corazón de María? Sabemos que el objeto de esta devoción es el corazón como miembro de su cuerpo humano, o del cuerpo inmaculado de Ella, pero es, sobre todo, un símbolo de orden espiritual. Entonces, ¿en qué consiste esta realidad que representa?

En resumen, en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se considera lo que podemos llamar el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, por tanto, su

La devoción al Inmaculado Corazón, destinada especialmente a los último tiempos, comporta una nueva forma de clemencia

Inmaculado Corazón de María - Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

Sebastien Gabriel / Unsplash

Leandro Souza

sabiduría y su santidad; es decir, una doctrina no sólo en cuanto concebida, sino personificada y vivida. Él se manifiesta amoroso a los hombres, deseando difundirse, contagiar y conquistar. Ante una humanidad pecadora, su mayor triunfo no es la justicia, por la que envía al pecador al Infierno, sino la clemencia, por la que lo rescata. El mayor triunfo de Dios está en perdonar y en convertir.

Así comprendemos este aspecto de la devoción, tan acentuado en la piedad popular y destacado en numerosos documentos de la Santa Iglesia: el Corazón de Jesús como fuente de misericordia.

Paralelamente, se entiende qué es el Inmaculado Corazón de María.

Corazones de Jesús y de María: nueva plenitud de gracias

Sin embargo, cuando se presta atención a estas dos advocaciones, se observan entresijos en los que se intuyen ciertos desdoblamientos, pero que aún no han sido explicitados por completo.

Existe una especie de comunicación del Señor mayor y más completa con quien venera su Corazón que con quien le rinde culto en otros misterios. De igual modo, existe una forma de comunicación más plena con la Virgen con quien venera su Inmaculado Corazón.

Autores que tratan de estas dos devociones afirman que son para los últimos tiempos, el final de la historia de la Iglesia, las últimas manifestaciones de misericordia.

Luego, partiendo de la idea de San Luis Grignion de Montfort, se tiene la impresión de un aumento de la gracia que obra a través de maravillas de benevolencia, de forma progresiva y con mayor intensidad desde el momento en que estas dos devociones fueron reveladas a los hombres. Se trata, pues, de un paso más en el misterio de la gracia que se manifiesta. Parecería que esta nueva forma de clemencia ha incidido sobre una humanidad en extremo pútrida —casi, por la fuerza del vicio, convertida en inepta para alcanzar de hecho la santidad— y cuya decadencia moral indicaría la proximidad del fin del mundo.

Iniciativa misericordiosa y transformante de la Virgen

Veo, en nuestro Movimiento,[2] en aquellos que se esfuerzan por ser buenos, la lucha entre una gracia persistente, inefablemente obstinada, y una enorme serie de obstáculos en sentido contrario, de rechazos, de molicie, de infidelidades de todo tipo y magnitud.

No obstante, parece que hay una victoria gradual de la Virgen, marcada por la manera en que las personas progresan espiritualmente. En mi opinión, esto no se explicaría sin la ayuda prestada a los débiles, a los pequeños, que corresponde al lema de la Iglesia de Filadelfia, como aparece en el Apocalipsis: frágiles, pero fieles (cf. Ap 3, 8). Es una gracia que sostiene en la fidelidad a los más flacos.

Sobre la humanidad más pobre y maltrecha descienden gracias continuas, las más inmerecidas, que, sin embargo, van formando un flujo de virtud indiscutible. ¡Cuántos casos de magnífica regeneración moral, en los que se pasa de ser un insignificante muchacho de la calle a lo más encomiable en materia de piedad y rectitud! Es imposible dejar de reconocer un inmenso soplo de gracia, algo por encima de todo lo sobrenatural, comparable a las grandes acciones divinas registradas por la historia de la Iglesia.

Todo esto —verdaderamente sin parangón con lo que ocurre hoy— indica una enormidad de la gracia, toda ella asentada en la devoción a la Virgen. Si experimentáramos una disminución de nuestra relación con Ella, aunque sólo

fuera un milímetro —si se pudieran medir estas cosas en milímetros— nuestro Movimiento se desmoronaría ahora mismo. Tengo la impresión de que no me daría tiempo para terminar mi conferencia. Tal es la fidelidad y la perseverancia que nacen de nuestro vínculo con la Madre de Dios y viven de su aliento.

En este sentido, existe tanta misericordia que me veo llevado a considerar que esto sea un signo precursor de la ayuda sobreabundante que en el Reino de María unirá a los hombres a Ella. Hoy, como es natural, tal vínculo aún se encuentra en sus albores, en sus primeros vagidos, en sus movimientos iniciales, pero existe.

La unión con la Virgen María es a las demás virtudes lo que un motor, que impulsa y arrastra tras de sí al resto, es a un avión: ella es el «motor» de todas las virtudes; cuando esté en progreso, todo avanza.

«Pequeña vía» y aurora del Reino de María

Creo que no debería concluir esta exposición sin decir unas palabras acerca de Santa Teresa del Niño Jesús y de la «pequeña vía», en relación con lo anterior.

Santa Teresa del Niño Jesús, en su *Historia de un alma*, hace varias referencias a una nueva intensidad del amor de Dios, tan poderosa que acogerá a los que son pequeños, insignificantes, poco poderosos en distintos sentidos, y los llevará a la santidad.

Es, pues, una mayor efusión de la gracia divina en cuanto conquistadora, de la benevolencia de Dios, que se contenta con poco para hacer grandes cosas; una mayor manifestación de la eficacia de la ayuda sobrenatural, que saca lo grande de lo pequeño.

Santa Teresa afirma que se ofreció como víctima en holocausto al amor misericordioso de Dios, para consagrar una vía que innumerables almas seguirían. En el Cielo, pasaría su eternidad haciendo caer una lluvia de pétalos de rosa sobre la tierra.

Es evidente que los pétalos de rosa simbolizan las gracias temporales, como las que ella concede, pero que conducen a las espirituales; se trata de ese mayor amor de Dios del que acabamos de hablar.

Debe de haber una relación entre esa esperanza suya de un progreso del amor misericordioso de Dios y la aurora del Reino de María, aunque Santa Teresa no se expresara en esos términos. Su muerte, sin duda, se corresponde de alguna manera con el desencadenamiento de esto: la marcha progresiva del amor misericordioso en el mundo debería partir del camino abierto por ella.

La «pequeña vía» resulta ser, en muchos sentidos —cuando se estudia en todos sus aspectos—, el camino por el cual las almas pequeñas de una humanidad decadente son acogidas por la misericordia y conducidas a la santidad. Es, por tanto, la espiritualidad específica de aquellos que desean ser hijos y esclavos de la Virgen y progresar en la virtud.

Tengo la impresión de que algunas almas muy escogidas de Nuestra Señora, desde Elías hasta el fin del mundo, han tenido y tendrán esa gracia. Pero de casos individuales pasará a ser un episodio colectivo cuando llegue el Reino de María. ✣

Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1986

La «pequeña vía» es el camino por el que las almas pequeñas de una humanidad decadente serán recogidas por la misericordia y llevadas a la santidad

Extraído, con adaptaciones para el lenguaje escrito, de: *Conferencia*. São Paulo, 11/7/1967.

---

[1] Religiosa concepcionista, escritora mística y abadesa del convento de Ágreda, España (1602-1665).

[2] El Dr. Plinio fundó la Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad en 1960.

«Ave Maria, gratia plena»

La infancia de Santo Tomás de Aquino no estuvo exenta de una singular «desobediencia»… Cierta vez, siendo aún niño, encontró por casualidad un pequeño pergamino. Negándose obstinadamente a soltarlo, lloraba con vehemencia ante los intentos de arrebatárselo por la fuerza. Su pobre ama incluso se resignó a bañarlo con la manita aferrada… Más tarde, la pericia materna consiguió desvelar su misterioso contenido. Dos palabras: *Ave Maria*.

Este sencillo episodio, cuya narración fue obtenida de familiares por su primer y principal biógrafo, Guillermo de Tocco, denota la razón por la que el Doctor Angélico obtuvo brillantes victorias en las mil vicisitudes afrontadas en este valle de lágrimas. Supo vivir lo que predicaba al comentar el saludo del ángel: «En todo peligro puedes lograr la salvación por la misma gloriosa Virgen» (*Expositio salutationis angelicae*, a. 1). A María se aplican las palabras del sabio: «Mil escudos penden de Ella» (Cant 4, 4), como remedio a múltiples males. Del mismo modo, la Madre de Dios es auxilio en toda obra de perfección: «En mí está toda esperanza de vida y de virtud» (Eclo 24, 25, Vulg.).

Los santos poseen la gracia no sólo para su propia salvación, sino también para la de muchos. ¡Cuántos han podido alcanzar el Cielo por la intercesión de los fundadores de órdenes religiosas, como San Benito, Santo Domingo, Santa Teresa de Jesús! Sin embargo, por encima de todos ellos se encuentra Nuestra Señora, quien alcanzó la salvación para *todos* los hombres, pues Ella, al ser verdaderamente *la* «llena de gracia», engendró al Salvador de la humanidad.

Que el saludo del ángel sea para nosotros consuelo y protección en las angustias y necesidades, como para Santo Tomás se convirtió en estandarte, escudo y baluarte en las batallas

El pequeño Tomás recibe del Cielo un manuscrito con la salutación angélica - Convento de Santo Domingo, Lima

Además, explica el Aquinate, Dios nos concede la gracia «para obrar el bien y para evitar el mal, y en cuanto a éstas dos cosas la Bienaventurada Virgen tuvo una gracia perfectísima» (a. 1). De hecho, no solamente fue preservada de la mancha original, sino que también rechazó todo y cualquier pecado en su vida. Por otra parte, mientras que cada santo se distingue por alguna virtud particular —ya sea la humildad, la combatividad, la misericordia, etc.—, en la vida de María tenemos «el ejemplo de todas las virtudes» (a. 1).

Si hallamos la virtud de la humildad de manera excelente en San Francisco de Asís o en San Martín de Porres, en la Santísima Virgen descubrimos su plenitud, pues Dios «ha mirado la humildad de su esclava» (Lc 1, 48). Si en Santa Inés y Santa Lucía tenemos modelos de pureza y virginidad, en María encontramos su ápice, ya que Ella no conoció varón (cf. Lc 1, 34). Por eso, fue identificada con la *tota pulchra*, la toda bella (cf. Cant 4, 7), en la que no hay la más mínima mácula.

De hecho, Nuestra Señora fue y siempre será llamada bienaventurada por todas las generaciones (cf. Lc 1, 48), no sólo por los hombres, sino también por los ángeles, empezando por San Gabriel, quien, inclinándose en la anunciación, le otorgó el título por antonomasia: «Llena de gracia» (Lc 1, 28). Con estas palabras quería significar: «Te reverencio, porque me superas en la plenitud de la gracia» (a. 1).

Nosotros, débiles pecadores, debemos aprender a «desobedecer» como el pequeño Tomás, para aferrarnos a esta inexpugnable «torre de David» (Cant 4, 4). En los peligros, en las angustias, en las dudas, recurramos siempre a la Santísima Virgen, aunque sólo sea pronunciando su nombre: ¡María!

Arquetipo del Cuerpo Místico de Cristo

Si bien es cierto que la Virgen, como Hija de Dios, es miembro de la Iglesia, también es Madre y Reina de esa misma Iglesia, además de Madre de todos sus miembros, empezando por su cabeza.

Miguel de Souza Ferrari

«El todo es mayor que la suma de sus partes». Esta máxima, bien conocida, se considera indiscutible, hasta el punto de haberse convertido en un principio filosófico universal.

Ilustres doctores la han utilizado para especificar la relación entre la Virgen y la Iglesia. Aun siendo Nuestra Señora un miembro eminentísimo de la Iglesia, sería menos importante que el Cuerpo Místico de Cristo, el «Cristo total», en la expresión agustiniana. En efecto, una parte no podría ser más que el todo que la incluye.

Entre los defensores del principio antes mencionado se encuentra el propio Doctor de Hipona, quien afirmaba: «María fue santa, María fue dichosa, pero más importante es la Iglesia que la misma Virgen María. ¿En qué sentido? En cuanto que María es parte de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero un miembro de la totalidad del cuerpo. Ella es parte de la totalidad del cuerpo, y el cuerpo entero es más que uno de sus miembros».[1]

Data venia, ¿de verdad se puede resolver tal cuestión en términos tan sencillos?

¿Una parte o la razón de ser?

Como argumento inicial, propongamos un ejemplo: imaginemos un suntuoso palacio real, adornado con preciosos cuadros y ornamentos valiosos, ricos tapices y muebles de inapreciable valor. El noble edificio, obviamente, no está deshabitado: un gran número de cocineros, criados, guardias, lacayos y pajes sirven a una nutrida corte de barones, vizcondes, condes, marqueses y duques, quienes, a su vez, gravitan en torno a un poderoso rey, flanqueado por su reina.

Variopinto conjunto forma ese palacio, pero ¿podemos afirmar que el majestuoso matrimonio es sólo una parte de dicho conjunto o, más bien, el castillo con sus habitantes no es más que una porción de lo que podríamos llamar «poder real»? En definitiva, si quitamos al rey y a la reina, ¿qué sentido tiene la existencia del castillo y de la corte?

Se observa, pues, que algunos elementos, a pesar de estar incluidos en una realidad, no pueden considerarse meras partes de un todo, ya que constituyen la razón misma de ser de esa totalidad. Así, aunque estén *en* un conjunto, se sitúan más propiamente *por encima* de él.

Ahora bien, esta consideración es perfectamente aplicable al papel de la Virgen en relación con el Cuerpo Místico de Cristo. Si es cierto que María Santísima, como Hija de Dios, es miembro de la Iglesia, también es Madre y Reina de esa misma Iglesia, además de Madre de todos sus miembros, empezando por su cabeza.

Indisociables a los ojos de Dios

¿Podríamos, entonces, afirmar simplemente que la Iglesia es una realidad distinta de María y, además, inferior a Ella?

Si bien esto, desde el punto de vista antes expuesto, sea sostenible, conviene recordar las sabias palabras del Beato Isaac, abad del monasterio de Stella: «En las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se atribuye de manera general a la Iglesia, virgen y madre, se aplica particularmente a la Virgen María. […] Y cuando el texto se refiere a una de ellas, puede aplicarse en gran medida indistinta e indiferentemente a una y a otra».[2]

De este fragmento se desprende que, a los ojos de Dios, ambas son indisociables. Y ello por varios motivos.

En primer lugar, conviene recordar que la Iglesia nació, por así decirlo, en María: en efecto, la cabeza del Cuerpo Místico fue engendrada en Ella y también por Ella son engendrados todos

los hijos de Dios en el bautismo. Además, la Esposa Mística de Cristo vino al mundo a partir del costado herido del Crucificado y, en ese momento, la única alma que mantenía vivo el don de la fe era su Santa Madre; por lo tanto, se podría afirmar que, en sus albores, la comunidad de los fieles estaba constituida únicamente por Nuestra Señora.

Además, habiendo cumplido en todo la voluntad de Dios y haber sido modelo preclaro de todas las virtudes, la Santísima Virgen se convirtió en la causa ejemplar, el *typus* de la Iglesia.[3]

María, ideal de perfección para la Iglesia

De ello se infiere que, para que la Iglesia alcance mejor su ideal de perfección, necesita asemejarse cada vez más a la Madre de Dios. Con razón dice el catecismo que, al hablar del origen, la misión y el destino de la Iglesia, nada mejor que dirigir nuestra mirada hacia María, «para contemplar en Ella lo que es la Iglesia en su misterio, en su "peregrinación de la fe", y lo que será al final de su marcha».[4]

Así pues, si esperamos una época en que Nuestra Señora reine efectivamente en los corazones, el Reino de María anunciado por San Luis Grignion de Montfort,[5] es imperativo procurar que la Iglesia refleje en todos los aspectos de su vida la santidad de la Virgen Inmaculada.

Un teólogo medieval llegó incluso a afirmar que el Verbo eterno vino al mundo atraído y cautivado por el dulce olor de la santidad de María: «Ese perfume tan suave sedujo al Hijo unigénito de Dios y lo arrebató por completo. Y no se demoró, sino que inmediatamente, seducido y enteramente arrebatado, fue llevado del seno del Padre al vientre de la Virgen».[6]

Ahora bien, si en todo el orbe la Santa Iglesia exhala las sublimes fragancias de la santidad marial, ¿no se sentirá Jesucristo atraído de nuevo —aunque de una manera diferente— a la tierra? Sin duda. La Iglesia atraerá hacia sí a su divino Esposo, siempre y cuando refleje perfecta e íntegramente a la Madre de Dios, a quien se puede llamar con propiedad «Iglesia perfecta, la Iglesia plenamente realizada en su dimensión terrenal y escatológica».[7]

Gustavo Kralj

La Iglesia atraerá hacia sí a su divino Esposo siempre que refleje perfecta e íntegramente a la Madre de Dios

Inmaculada Concepción - Colección privada

¿Debe el todo orientarse hacia la parte?

Conviene retomar, en conclusión, la cuestión planteada al principio del artículo: ¿es el todo mayor que la parte? En el caso que nos ocupa, la respuesta escapa a los patrones humanos: le corresponde al todo —la Iglesia— identificarse de alguna forma con su parte especialísima, es decir, María Santísima. Sólo así la totalidad estará completa y alcanzará la plenitud de sí misma.

¿Cómo se aplican estas consideraciones a nosotros, hijos de la Iglesia e hijos de María? En todo y por todo: *Totus tuus* —Soy todo tuyo, ¡oh María!—. Nuestra vida de perfección, en efecto, no puede limitarse a la simple práctica de las virtudes. Es necesario procurar vivir cada segundo de nuestra existencia por María, con María y en María, para que cuanto antes podamos vislumbrar el rostro transfigurado de la Santa Iglesia, *totalmente* configurada con la Reina del Cielo, la Madre de Dios y nuestra. ✣

---

[1] San Agustín. *Sermo XXV*, n.º 7: PL 46, 938.

[2] Beato Isaac de Stella. *Sermo LI. In Assumptione Beatæ Mariæ*: PL 194, 1863.

[3] Cf. CCE 967.

[4] CCE 972.

[5] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 217. *In*: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 634-635.

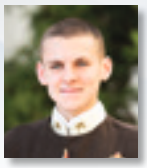
[6] Achard de San Víctor. «Sermão na Festa da Natividade da Bem-Aventurada Virgem Maria», n.º 1. *In*: *Lumen Veritatis*. Año XIV. N.º 56 (jul-set, 2022), p. 496.

[7] Beni dos Santos, Benedito. «Nossa Senhora e a Igreja». *In*: *Lumen Veritatis*. Año XVI. N.º 64 (jul-set, 2024), p. 23.

Robsondig (CC by-sa 4.0)
Reproducción

Reina de la historia

El eje de la historia es la encarnación del Verbo. Y el Verbo se encarnó en el seno de María. Por medio de Ella, por tanto, el Altísimo tomó las riendas de la historia y continúa sosteniéndolas.



Santiago Ignacio Ramírez

El ajedrez tiene sus misterios. ¿Cómo entender que un caballo ejecute un salto olímpico por encima de una torre? ¿Que los alfiles sólo puedan deslizarse por casillas de un mismo color? ¿Que un peón, después de recorrer un largo camino, hasta pueda convertirse en reina, ante la mirada atónita del rey adversario?

Más aún: ¿cómo concebir que la reina tenga un poder y una eficacia superiores a los de todas las demás piezas, incluso mayores que los de su regio esposo? Éste, limitado por su grandeza, avanza con solemnidad un escaque cada vez; aquella, no se sabe por qué delirios de celo hacia el monarca, en una sola jugada atraviesa el campo de batalla de punta a punta, se convierte en la desesperación de los enemigos y la salvación de sus soldados. ¿Cómo comprenderlo? Quizá considerando el ajedrez como una metáfora de la forma en que Dios interviene en la historia…

La Divina Providencia tal vez haya permitido que los hombres otorgaran a la reina del ajedrez tal importancia solamente para que les recordara, aunque de lejos, a aquella que es la verdadera e indestronable Reina de la historia, María Santísima.

Reina efectiva

Hija del Padre eterno, Madre del Rey del universo, Esposa del Espíritu Santo, Nuestra Señora no es Reina de la historia solamente de título, sino también de hecho.

Ella está en el origen de los grandes hitos de la cronología de la salvación: en el pesebre, cuando da a luz al divino Niño que partiría la historia en dos; en el cenáculo, al atraer al Paráclito en Pentecostés; en el epicentro del Concilio de Éfeso, marcando las definiciones dogmáticas que consolidarían la doctrina de la Iglesia naciente; en los cielos de Lepanto y en la batalla de Viena, velando por la cristiandad; en el manto de Guadalupe, como prenda de su maternal presencia en el Nuevo Mundo; en la Medalla Milagrosa y en la gruta de Lourdes, llamando a la humanidad descarriada a la penitencia y a la oración…

> *Dios tal vez haya permitido que le fuera dada tal importancia a la reina del ajedrez para que ésta recordara a aquella que es la Reina de la historia*

Y Dios, como el rey del ajedrez, majestuoso y soberano, se complace en verla presente en la gesta humana, triunfando y gobernando.

Pero ¿en qué sentido es María Reina de la historia? ¿Cuál es el centro de la historia? ¿Qué es, en definitiva, la historia?

El «unum» de la historia

Según una clara descripción del Dr. Plinio, la historia es «una narración que tiene un mismo agente, temas conexos, y cuya acción es continua a lo largo del tiempo».[1]

Alguien que se propusiera, por ejemplo, escribir la historia de un hotel, como institución, narrando únicamente lo que ocurrió de manera transitoria en sus cuatrocientas habitaciones,

no tendría éxito en su intento, pues no habría continuidad entre los hechos ni relación entre los personajes.

Por el contrario, se puede hablar de la historia de la nación brasileña, la historia de la filosofía, la historia de las lenguas y, sobre todo, de la Historia —con «H» mayúscula— de la humanidad, en virtud de la mencionada continuidad de agentes y temas.

En efecto, hay un *unum* que vincula a todos los hombres, desde los albores de su existencia en la tierra hasta el Juicio final. La historia se presenta así como una catedral que, aunque compuesta de muchas piedras, forma un único monumento. Es el «edificio» diseñado por Dios antes de los tiempos para servir de trono a su piedra angular (cf. Ef 2, 20): el Rey de la creación y Señor de los siglos, Jesucristo.

Escribiendo en oro sobre el divino «bosquejo»

Teniendo esto en cuenta, se puede afirmar que el eje de la historia reside en la encarnación del Verbo en el seno de María. Por medio de Ella el Altísimo tomó las riendas de la historia con manos humanas y a través de Ella lleva a cabo sus grandes conquistas.

Por un sublime misterio, su relación con el curso de los acontecimientos comienza incluso antes de que Ella fuera concebida. Sí, pues ya en el paraíso la Inmaculada estaba presente como promesa.

Con la infidelidad de nuestros primeros padres, Dios reveló que su plan continuaría por medio de una virgen, la cual aplastaría la cabeza de la serpiente (cf. Gén 3,15). La creación recibió entonces su principio rector: la confrontación entre el bien y el mal. Y, al frente del ejército de la luz, está Nuestra Señora, aquella que «conoce las intenciones de Dios con respecto de la historia».[2]

Sin embargo, esta acción de María tiene una característica peculiar. Según afirmó el Dr. Plinio, el Altísimo quiso constituir «una criatura enteramente humana, pero absolutamente perfecta; […] que siempre está en condiciones de retocar, al menos en parte, lo que hacen los hombres y, por así decirlo, corregir —si la palabra corregir no fuera inadecuada—, reformar, revisar, conforme los planes de la misericordia de Dios, aquello que su justicia haría».[3]

De este modo, el Creador deseaba que, sobre el «bosquejo» de su plan inicial entregado a los hombres, Nuestra Señora grabara con letras de oro la verdadera historia.

> *El Creador deseaba que, bajo el «bosquejo» de su plan inicial dado a los hombres, la Virgen grabara en letras de oro la verdadera Historia*

La presencia de María a lo largo de los siglos

No mencionaremos en este artículo, con el fin de probar que la Madre de Jesús sujeta con dulce firmeza las riendas de los acontecimientos, todas las ocasiones en que se ha hecho presente en la historia de los hombres. Sería como escribir una enciclopedia… Pero recordemos brevemente algunas de sus acciones más decisivas.

En diciembre de 1531, la Madre de todos los pueblos se apareció en Nueva España, hoy México, al indio Juan Diego, revelando una entrañable predilección por las tierras americanas y sus nativos. Uno de los principales símbolos de la aparición es el *nahui ollin*, que hace referencia a la flor de cuatro pétalos representada sobre el vientre de la Virgen y que encerraba, para los aborígenes, la noción de «centro de la historia». Con esta emblemática manifestación, María quiso expresar su

Reproducción

«La Anunciación», de Gentile da Fabriano - Pinacoteca Vaticana. En la página anterior, «La Coronación de la Virgen», de Agnolo Gaddi - Galería Nacional de Londres

Juan Carlos Villagómez

Reina María Santísima de la Aurora - Palacio de Cultura Banamex, Ciudad de México

deseo de hacer del Nuevo Continente la morada de su Hijo Santísimo y el corazón de su reinado.

En el Viejo Continente, las apariciones de la Santísima Virgen se multiplicaron en el siglo XIX, época de rebeliones sin precedentes contra los planes de Dios, fomentadas principalmente por la Revolución francesa.

En París, cuando le habló a Santa Catalina Labouré en 1830, Nuestra Señora anunció que «el mundo entero se verá sacudido por desgracias de todo tipo»;[4] no obstante, con copiosa misericordia le entregó a la religiosa la medalla milagrosa, que pasó a la escena histórica como un arma de inestimable valor.

Ya en La Salette (Francia) la Virgen Dolorosa se lamentó nuevamente en 1846 de la decadencia de la sociedad y las infamias del clero, y presagió un castigo con el que Dios azotaría a la humanidad tanto con catástrofes naturales como con guerras continentales.

En el tablero en el que se baten legiones de la virtud contra las huestes del pecado, tenemos en María la certeza del jaque mate contra el príncipe de las tinieblas

Finalmente, en Lourdes, la Madre de Dios se presentó a Santa Bernadette Soubirous en 1858, anunciando: «Yo soy la Inmaculada Concepción». Estas palabras fueron el preludio de la inmensa cantidad de milagros con los que Ella demostraría al mundo su cetro de Reina.

Pasando al siglo XX, en dos extremos del orbe, en Fátima y en Akita (Japón), la Virgen despuntó como sol de esperanza, prometiendo la salvación de las almas y un gran período de paz si se establecía en el mundo la devoción a su Inmaculado Corazón. Ése era y es, en efecto, el eje sobre el que giran los problemas más graves y universales del hombre. Nuestra Señora también advirtió que grandes castigos caerían sobre la humanidad si no se convertía: «Los buenos serán martirizados —profetizó la Reina de la paz—, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, y muchas naciones serán aniquiladas».[5]

El gran jaque mate de la historia

Podríamos enumerar miles de apariciones e intervenciones de María Santísima. Pero detengámonos aquí y dirijamos la mirada hacia nuestra Soberana.

Nosotros, los soldados que militamos bajo la bandera de la luz en el ejército de la Virgen, estamos a las órdenes de aquella que escribe por encima del bosquejo de Dios con letras doradas. En este horizonte, ¿qué enemigos podemos temer?

En el tablero en el que se baten las legiones de la virtud contra las huestes del pecado, tenemos de nuestro lado a la Reina poderosa. Como lidiadores de tal Señora —aunque seamos meros peones— sabemos que Ella nos defenderá. Y, por encima de nuestro campo de batalla personal, tenemos en María la certeza del jaque mate contra el príncipe de las tinieblas y de la victoria final de la Santa Iglesia. ✣

---

[1] Corrêa de Oliveira, Plinio. «Nossa Senhora, Rainha da História». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIV. N.º 164 (nov, 2011), p. 6.

[2] *Idem*, p. 12.

[3] *Idem*, *ibidem*.

[4] Brioschi, SDB, Giuseppe. *La medaglia miracolosa*. Camerata Picena: Shalom, 2005, p. 25.

[5] Walsh, William Thomas. *Nossa Senhora de Fátima*. 2.ª ed. São Paulo: Melhoramentos, 1949, p. 76.

La predestinación de la Madre de Dios y la nuestra

Catecismo de la Iglesia Católica

§488 «Dios envió a su Hijo» (Gál 4, 4), pero para «formarle un cuerpo» (cf. Heb 10, 5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Lc 1, 26-27).

Este párrafo del catecismo, titulado «La predestinación de María», presenta una serie de atributos marianos bíblicos, centrado en el privilegio de la maternidad divina.

De los cuatro dogmas marianos —la perpetua virginidad, la Inmaculada Concepción, la Asunción y la maternidad divina—, este último es el más sublime, pues constituye el fundamento de los demás. Durante el Concilio de Éfeso, celebrado en el año 431, la Iglesia definió que la Virgen María es verdaderamente Madre de Dios, ya que concibió por obra del Espíritu Santo y dio a luz, según la carne, a aquel que posee dos naturalezas —la humana y la divina— unidas en una sola persona, el Verbo eterno.

Este marco teológico, que la Iglesia aún no ha llegado a comprender del todo, pone de manifiesto que el Padre predestinó a Nuestra Señora, desde toda la eternidad, para la realización de la obra sublime e infinitamente grandiosa de la Encarnación. Se trata de una dignidad inefable, confirmada por Santo Tomás de Aquino[1] cuando enseña que todo lo que el Creador hizo podría haber sido mejor, salvo tres excepciones: la humanidad de Cristo por estar unida hipostáticamente a la persona del Hijo, la Santísima Virgen por ser la Madre de Dios y la visión beatífica por consistir en la visión de Dios mismo.

A la luz de estas consideraciones, se entiende mejor el motivo por el que San Luis Grignion de Montfort[2] destaca que el misterio de la Encarnación es fundamental en la práctica de la consagración total de sí mismo a Jesucristo, por las manos de María.

La Encarnación nos muestra que Dios Padre, aunque no necesitaba de Nuestra Señora, deseó servirse de Ella para dar al mundo al Salvador. El Omnipotente podría haber obrado la Redención de la humanidad de otra manera. Sin embargo, su plan infinitamente sapiencial contempló desde todos los siglos la Encarnación del Hijo unigénito. Así, el designio divino de elegir y predestinar a María como Madre de Dios resulta perfectísimo, si bien nuestra inteligencia humana no es capaz de abarcar toda su profundidad.

Antes de todos los siglos, María fue predestinada a realizar la sublime obra divina: la Encarnación del Verbo

«La Virgen y el Niño», de Bernabé de Módena - Galería Estense, Módena (Italia)

Desde esta perspectiva, se concluye que el «sí» de la Santísima Virgen en la Anunciación fue la decisión más espléndida y grandiosa de la historia, escindiéndola en dos partes: antes y después de Cristo. Al mismo tiempo, fue una manifestación elocuente de su plenitud de gracias, amor y entrega: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38).

Cada fiel está igualmente llamado a dar su «sí» a la vocación universal a la santidad. Para eso, nada mejor que seguir el ejemplo de aquella a quien todas las generaciones llamarán bienaventurada, porque en Ella el Todopoderoso ha hecho maravillas (cf. Lc 1, 48-49). También en nosotros, por la gracia, Él podrá hacerlo.

---

[1] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. I, q. 25, a. 6, ad 4.

[2] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 16; 139; 243.

La «recompensa» de Guejazí

Nadie esperaba el desenlace de esta historia, ni Guejazí, ni el lector… Sobre todo, Dios esperaba un final distinto.

P. Roberto Torres Balcázar, EP

Envueltos en grandeza y misterio, los profetas son varones-clave de la historia y difícilmente se encuentran almas comparables a ellos. Sin embargo, el divino Artífice permite a menudo que, junto a tales gigantes de la fe, figuren hombres de poca virtud, quizá para hacer que brillen de manera especial la fuerza divina y su supremacía frente a la miseria humana…

Se trata, por ejemplo, de lo que ocurrió en tiempos de Eliseo, discípulo del gran Elías.

Naamán, el general sirio

Todo comenzó con la llegada de una caravana procedente de Damasco al territorio de Israel. La imponente comitiva estaba encabezada nada menos que por el general más prestigioso del rey de Siria: Naamán. El monarca del pueblo elegido temía que fuera una trampa que justificara una campaña militar contra sus dominios, pero no era así. El motivo de la inesperada expedición era la terrible enfermedad que había contraído el oficial y de la que esperaba sanar.

El Segundo Libro de los Reyes cuenta que Naamán padecía de lepra y que una joven esclava —judía de nacimiento y de religión— le había aconsejado que buscara en Israel al profeta Eliseo, «el hombre de Dios» (5, 8), quien podría curarlo. Con este fin, Naamán obtuvo permiso para emprender el viaje; y partió provisto de cartas de recomendación del soberano sirio, suplicando al reino vecino esa insólita merced.

El desarrollo de la historia, con sus manifestaciones de fe y escepticismo, así como el episodio de la curación de Naamán en las aguas del Jordán, son ampliamente conocidos, ya que el ciclo litúrgico los contempla anualmente. No obstante, es probable que pocos recuerden los episodios posteriores, que se narran a continuación.

Guejazí era el hombre de confianza del varón providencial y testigo de los grandes portentos realizados por él

«Eliseo y la sunamita», de Gerbrand van den Eeckhout - Museo de Bellas Artes de Budapest

A la sombra de Eliseo, Guejazí

Naamán emergió curado de las aguas del Jordán. El prodigio había tenido lugar por orden del profeta Eliseo, sin que éste hubiera hablado siquiera personalmente con el general, porque lo había hecho por medio de un siervo.

Guejazí —como lo llama la Sagrada Escritura— era, pues, el hombre de confianza del varón providencial y testigo de los grandes portentos que éste realizó. Sin duda, había estado presente cuando Eliseo hizo que una viuda llenara numerosas vasijas con el aceite que manaba milagrosamente de una sola alcuza, con el fin de saldar las deudas de su difunto esposo (cf. 2 Re 4, 1-7). En otra ocasión, por sugerencia suya, Eliseo profetizó el nacimiento de un hijo a una mujer sunamita que lo había favorecido (cf. 2 Re 4, 12-17). Y, años después, asistió a la resurrección de

Reproducción

Al ver que su amo había rechazado los regalos de Naamán, Guejazí —que amaba las riquezas más que a Eliseo— partió tras la caravana para exigir el pago por una curación que no había hecho…

«Naamán y Eliseo», de Abraham van Dijck

ese mismo niño, fulminado por una repentina enfermedad (cf. 2 Re 4, 18-37).

Ciertamente, Guejazí acompañaba a Eliseo cuando éste salvó de la muerte —o al menos de una terrible indigestión— a sus hermanos profetas, neutralizando un potaje dañino con el simple gesto de echar harina en la olla (cf. 2 Re 4, 38-41). Y, algo aún más admirable, fue él quien, por orden de su señor, repartió veinte panes de cebada que se multiplicaron hasta el punto de alimentar a una multitud (cf. 2 Re 4, 42-44).

El potentado humilde y el siervo codicioso

Sin embargo, no basta con vivir a la sombra de un profeta para llegar a ser santo como él… Es necesario admirarlo de todo corazón, imitar sus obras y practicar sus enseñanzas. Como quedará claro, Guejazí distaba mucho de cumplir esos requisitos, pues sus aspiraciones eran diametralmente opuestas a las de su maestro.

La Historia Sagrada narra que, tras haber sido curado milagrosamente, Naamán se presentó una vez más en la puerta de Eliseo para agradecerle humildemente sus favores. En esta ocasión, el profeta lo recibió en persona y, rechazando los ricos presentes que le ofrecía con insistencia, permitió al general llevarse consigo cierta cantidad de tierra del país, porque, aun viviendo entre paganos, había decidido de ahí en adelante adorar solamente al único Dios verdadero.

Mientras la caravana siria se alejaba, Guejazí, que amaba las riquezas más que a Eliseo, pensó para sí: «Mi amo ha dejado marchar a ese arameo, sin aceptar lo que traía. ¡Vive el Señor que correré para conseguir algo de ese Naamán!» (2 Re 5, 20). Y se marchó a toda prisa, para apropiarse de bienes que no merecía y exigir el pago por una curación que no había realizado…

Sin duda, tan deshonesto intento sólo podía acabar en fracaso.

Un leproso curado y un sano leproso…

Al ver que Guejazí corría tras su caravana, Naamán se detuvo para atenderlo. La falsedad manifestada por el siervo es sorprendente: «Mi señor me envía a decirte: “Dos jóvenes de la comunidad de los profetas acaban de llegar a mí desde la montaña de Efraín. Por favor, dame para ellos un talento de plata y dos mudas de ropa”» (2 Re 5, 22). Mediante este engaño, Guejazí consiguió del general —que, movido por la gratitud y la generosidad, no sospechó nada— todo lo que pidió e incluso un talento más…

Satisfecho con el éxito de la operación, regresó a su servicio ante Eliseo, habiendo tenido antes el cuidado de esconder los regalos obtenidos, con el fin de engañar al profeta, encubriendo su pecado. Esta ingenua artimaña, no obstante, fue desenmascarada de inmediato por el hombre de Dios:

—¿De dónde vienes, Guejazí?

Reproducción

Si Guejazí hubiera sido fiel, habría contemplado las maravillas obradas en la presencia de Eliseo

«Eliseo reprende a Guejazí», de Lambert Jacobsz - Agnes Etherington Art Centre, Kingston (Canadá)

—Tu siervo no ha ido a ninguna parte —respondió.

—¿No iba mi espíritu por el camino cuando un hombre se apeó de su carro a tu encuentro? ¿Es este el tiempo de recibir plata y adquirir ropas, olivares y viñas, rebaños de ovejas y bueyes, servidores y servidoras? La lepra de Naamán se te pegará a ti y a tus descendientes para siempre.

Y así sucedió: «Guejazí salió de su presencia con lepra blanca como la nieve» (2 Re 5, 27).

Castigo para unos, premio para otros

Todo parece indicar que, una vez leproso, Guejazí se apartó del servicio de Eliseo. Las Escrituras, escasas en detalles, no hacen alusión a este pormenor; lo cierto es que su nombre no vuelve a aparecer en la historia del profeta. En cambio, lo vemos más tarde conversando con el rey Jorán (cf. 2 Re 8, 4-5) —persona, por cierto, poca virtuosa—, y luego los textos sagrados ya nunca lo mencionan.

¿Cuál habría sido su destino si hubiera imitado la modestia, la rectitud y la santidad de su maestro? No hace falta reflexionar mucho para hallar la respuesta, pues el propio Libro de los Reyes nos la ofrece en el capítulo siguiente.

Sucedió que, en medio de las contiendas entre Israel y Siria, Eliseo reveló en varias ocasiones al rey de Israel la posición exacta de las tropas enemigas, sus planes y emboscadas. Al descubrir que esas revelaciones no eran obra de un traidor, sino del profeta, el soberano sirio decidió arrestarlo.

Así pues, una mañana Eliseo se despertó y vio su ciudad rodeada de «carros, y caballos junto a un fuerte destacamento» (2 Re 6, 14), que venían en su busca. A la vista de tal espectáculo, su siervo —que ciertamente ya no era Guejazí— exclamó aterrorizado:

—¡Ay, mi señor!, ¿cómo vamos a hacer?

—No temas —le respondió Eliseo—. Son más los que están con nosotros que con ellos.

Teniendo en cuenta la indigna actitud de Guejazí en circunstancias mucho menos exigentes, es de suponer que, ante un peligro como ése, tal vez hubiera huido de la compañía de Eliseo, prefiriendo salvarse a sí mismo antes que confiar en el profetismo… El nuevo siervo, por el contrario, permaneció junto al hombre providencial, cuando la situación parecía perdida.

Aunque no comprendía del todo las palabras de su maestro, vio en su mirada la certeza que sólo aquellos que luchan por Dios pueden transmitir; y creyó. En recompensa por ese acto de confianza, Eliseo «se puso a orar diciendo: "Abre, Señor, sus ojos para que vea". Entonces el Señor abrió los ojos del criado, quien vio la montaña cubierta de caballos y carros de fuego en torno a Eliseo» (2 Re 6, 15-17). Su debilidad fue suplida por la devoción al profeta, y su visión terrenal se volvió sobrenatural.

Si Guejazí hubiera sido fiel, quizá habría estado junto a Eliseo en ese bellísimo episodio. Habría contemplado las legiones de ángeles guerreros y observado a los adversarios cegados por la acción divina; habría sido testigo del cumplimiento de impresionantes profecías en medio de la guerra contra los sirios (cf. 2 Re 6-7); tal vez habría asistido a los últimos momentos del profeta, cerrando sus ojos a esta vida mientras los abría a la eternidad…

¿A quién imitaremos?

A lo largo de la historia, los sapienciales y eternos planes de Dios, a pesar de la obstinación de los hombres, siempre se llevan a cabo.

A nosotros sólo nos corresponde elegir si seremos un Eliseo o un Guejazí; si nuestra memoria será una bendición para la posteridad o, por el contrario, llevará la marca de la maldición o del olvido; si trabajaremos por la realización de los planes divinos o si figuraremos en ellos únicamente como un despreciable borrón…

¡La elección está en nuestras manos! ✣

… cómo surgió la «Salve Regina»?

De un extremo a otro del orbe terrestre, todo católico ferviente no deja de elevar al Cielo la más hermosa oración dedicada a la Virgen Madre de Dios: la salve. ¿Cuál es su origen?

Aunque los datos más fiables sobre la composición del himno mariano sólo se encuentran a finales del siglo XI, su autoría se atribuye con mayor frecuencia al Beato Hermannus Contractus, también conocido como Hermann von Reichenau (1013-1054). Sin embargo, según otras fuentes, Mons. Ademar de Monteuil, obispo de Le Puy-en-Velay, habría sido su compositor, al invocar la especial protección de la Virgen con ocasión de la primera cruzada en 1096.

Hermann fue enviado por sus padres a un monasterio benedictino como oblato, donde recibió una eximia formación. A pesar de su frágil salud —padecía una especie de parálisis; en latín medieval, *contractus* significa *tullido*—, con el paso de los años se convirtió en un dedicado polímata: fue teólogo, astrónomo, poeta, matemático, físico y músico, además de abad del monasterio de Reichenau, en el sur de Alemania. En el ocaso de sus días, ya privado de la vista y entre angustias y esperanzas, habría compuesto el himno de total confianza amorosa en María: la *Salve Regina*.

Reproducción

Aparición de la Virgen al Beato Hermann, de Josef Ferdinand Fromiller - Abadía de Ossiach (Austria)

El día de Navidad de 1146, San Bernardo de Claraval se encontraba en la catedral de Espira, en misión pontificia, cuando oyó al coro entonar la invocación en alabanza de la Santísima Virgen. Una vez terminado el canto, reinó un reverente silencio en el recinto sagrado, y el propio santo añadió: *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria* —¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!—. Desde entonces, esta triple súplica pasó a formar parte integrante de la oración.

Con el tiempo, el himno mariano fue ganando notoriedad, sobre todo a partir de 1218, cuando se adoptó como antífona final de las completas en los monasterios cistercienses. Otras órdenes religiosas eligieron esta oración deprecativa para diversas ocasiones: en procesiones, al finalizar la misa, en funerales… Por eso, en cualquier lugar de este valle de lágrimas, no se puede perder la oportunidad de rogar a la Reina del Cielo que dirija sus «ojos misericordiosos» hacia cada uno de nosotros. ✣

… por qué una raza canina lleva el nombre de un santo?

San Bernardo de Menthon fundó a mediados del siglo XI la Congregación Hospitalaria del Gran San Bernardo, compuesta por canónigos regulares, con el propósito de establecer un monasterio y hospederías para los peregrinos que cruzaban los Alpes por el peligroso desfiladero entre Valais (Suiza) y el valle de Aosta (Italia).

Entre 1660 y 1670, los canónigos comenzaron a utilizar mastines alpinos como perros de guarda y compañía. Con el tiempo, se dieron cuenta de que dichos canes podían detectar por el olfato a personas sepultadas bajo la nieve y, cuando esto ocurría, regresaban al monasterio para alertar a los religiosos.

Reproducción

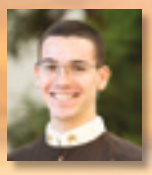
Canónigo con perros de la raza San Bernardo - Monasterio y hospedería de la Congregación del Gran San Bernardo, Alpes del Valais (Suiza)

Más tarde, el sistema de rescate se organizó tan bien que, entre 1790 y 1810, Napoleón y doscientos cincuenta mil soldados cruzaron el mencionado paso de los Alpes, hoy conocido como San Bernardo, sin sufrir ninguna baja. Uno de los perros, Barry, llegó a rescatar, a principios del siglo XIX, a más de cuarenta personas. Se ha documentado que, hasta finales de ese siglo, los perros cuidados por los monjes habrían salvado más de dos mil vidas.

En la década de 1880, para rendir homenaje al fundador de aquel centro de acogida de peregrinos, el nombre de la raza canina se estandarizó como *San Bernardo*. Ya en 1923, Pío XI proclamó al santo de Menthon patrón de los alpinistas. ✣

Victoria o derrota, en nuestras manos

La gran batalla por conquistar nuestro fin supremo, la bienaventuranza, puede acabar en una inmensa derrota o en una magnífica victoria. Todo depende de nuestra voluntad de luchar.



Alessandro Tiso

Gustavo Kralj

Clausewitz,[1] célebre teórico del arte bélico, afirma que una de las estrategias de combate más eficaces es ganar incluso antes de la batalla. ¿Cómo? Haciendo que el enemigo pierda la voluntad de luchar, ya sea por la tenacidad de la resistencia opuesta, ya sea —de forma más eficaz— por el ímpetu que se promete. Es decir, triunfa sin siquiera avanzar aquel que le quita al adversario el deseo de combatir, el ánimo de perseverar, la esperanza de vencer.

Y ésa es precisamente la táctica que los infiernos han urdido contra la humanidad de hoy. Bellaco consumado, el demonio cuenta con la experiencia suficiente para percibir la ventaja de tal estrategia, pues por ella ha conquistado el mundo desde la caída original hasta nuestros días.

Cambiar el Cielo por la tierra

«La humanidad ha depositado su gran sueño, su gran expectativa, en los bienes materiales. Y quien da la espalda a los bienes eternos y espirituales, buscando su realización en los terrenales, pierde por completo la esperanza verdadera y acaba entrando en la desesperación»,[2] observa Mons. João. Ahora bien, ¿cuál es la relación entre la esperanza y la dicotomía entre bienes celestiales y temporales?

El fin último del hombre —responde Santo Tomás de Aquino con siglos de antelación— es la bienaventuranza o felicidad. Basta con preguntarnos qué esperamos de los esfuerzos que emprendemos: la posesión de un bien, ya sea real o aparente. Sin embargo, la felicidad suprema debe necesariamente contener *todas* las alegrías y durar para *siempre*. Por eso, concluye el Doctor Angélico, «la bienaventuranza del hombre consiste en Dios solo».[3] Quien no dirija sus intenciones hacia este fin verá defraudada su esperanza, pudiendo caer en la desesperación.

Esto puede suceder de dos maneras. Primeramente, porque tiene «inficionado el afecto por el aprecio de los placeres corporales», que le induce a sentir hastío hacia las realidades espirituales. En segundo lugar, cuando llega a un «gran abatimiento»,[4] el hombre considera difícil la conquista de un bien arduo, en este caso, el Cielo. En otras palabras, la idea de inexistencia de una felicidad eterna o la imposibilidad de alcanzarla son las dos razones que roban la esperanza. Y también la victoria…

«Curándose» con veneno

Sustraída la esperanza, ¿qué queda? La acidia. El Aquinate sigue la definición de San Juan Damasceno al describir este defecto como «"cierta tristeza que apesadumbra", es decir, una tristeza que de tal manera deprime el ánimo del hombre, que nada de lo que hace le agrada. […] Por eso la acidia implica cierto hastío para obrar».[5] En casos graves, llega a cortar la voz, porque «la voz, entre todos los movimientos exteriores expresa mejor los conceptos y efectos interiores».[6]

Por otro lado, la depresión, a diferencia de la acidia, no es en sí misma culpable. Hoy se la considera una enfermedad cuyas causas implican una compleja interconexión de factores biológicos, genéticos, ambientales y psicológicos. La moral humana, por su parte, puede verse influida por esa dolencia, hasta el punto de afectar al imperio del juicio.

Cuando esta elección de la voluntad excluye lo sobrenatural, las amarguras tienden a multiplicarse: sin rumbo, el hombre buscará saciar en placeres sensibles, como la gula o la lujuria, su sed infinita de felicidad. El resultado de este proceso es que, al entregarse a los vicios y experimentar realmente cierto placer fugaz, deseará siempre más, sintiéndose cada vez menos satisfecho: después del sorbo viene el vaso; después del vaso, la botella; después de la botella, el barril… y, al final —como es bien sabido—, la frustración. Como si medicára-

mos a un enfermo con la misma causa de la dolencia que se intenta combatir.

Nos encontramos, pues, ante dos actitudes que trascienden los métodos clínicos frente a la depresión, sin excluirlos necesariamente. Por un lado, acciones que agravan el mal: la búsqueda desenfrenada del placer sensible, en especial aquellos contrarios a la ley natural. Por otro, planteamientos que van desarmando la depresión: la esperanza depositada en los bienes divinos.

La pasión del alma que más daña al cuerpo

La Sagrada Escritura nos recuerda que «la tristeza lleva a la muerte» (Eclo 38, 18). En cambio, ¡la alegría prolonga la vida!

Monseñor João[7] ejemplificaba esta realidad recordando casos de enfermos terminales que, a pesar de estar desahuciados, superaron todas las expectativas de supervivencia. Los médicos, asombrados, tras un estudio minucioso, llegaron a la causa de esas vidas tenazmente resistentes: la alegría, sobre todo cuando se funda en principios espirituales.

De hecho, en 2022 vio la luz una revisión analítica de doscientas ocho publicaciones relevantes, de las cuales destacaron ocho estudios, en la que se concluyó que «las intervenciones basadas en la religión producen efectos superiores a las terapias estándar u otras comunes para el tratamiento de la depresión».[8]

Por otra parte, según estudios recientes, la depresión puede provocar diversos problemas de salud, como un mayor riesgo de ictus, diabetes y obesidad, «debido parcialmente a desregulaciones metabólicas, inmunoinflamatorias, autonómicas y del eje hipotálamo-hipófiso-adrenal (HPA)».[9] En gran medida, se trata de un efecto de la tristeza, que «es entre todas las pasiones la que más daña al cuerpo».[10]

¿Toda tristeza es mala?

La tristeza es una pasión del alma y, como tal, es neutra en sí misma.[11] Por lo tanto, tendrá valor moral dependiendo de su objeto. Por ejemplo, entristecerse por la muerte de un familiar o por un crimen cometido forma parte del orden natural.

Hay ocasiones, sin embargo, en las que no resulta fácil distinguir si la tristeza es buena o mala. Podemos descubrirlo por sus frutos (cf. Mt 7, 16): será favorable cuando promueva nuestra vida espiritual, perjudicial cuando nos haga retroceder.

Lo mismo puede decirse de la alegría. No hay nada como el santo júbilo que proviene de la virtud, cuyo mayor tesoro es una conciencia tranquila, sobre todo después de una buena confesión. Se trata de la alegría confiada de quien se siente amado en cualquier circunstancia.

¡Qué diferencia, no obstante, entre las verdaderas alegrías y las falsas! En realidad, éstas no pueden llamarse propiamente alegrías, pues son fugaces, viles, frustrantes…

La victoria de nuestro siglo

Ahora bien, el aumento de la seudoalegría precede y presagia el avance de la profunda tristeza.

La gran batalla para conquistar nuestro fin supremo —la bienaventuranza— puede acabar en una inmensa derrota o en una magnífica victoria.

La derrota consistirá en la rendición incluso antes de luchar, antes de buscar los heroísmos de la virtud, antes de experimentar las delicias de la renuncia a los bienes pasajeros, en favor de los que perduran. La aurora de la victoria, a su vez, me estará esperando ya tras los primeros esfuerzos en el camino de la santidad.

Al contrario de lo que predica el mundo anodino, la esperanza del cristiano consiste en la firme convicción de que la victoria, en última instancia, pertenece a Cristo, que derramó su sangre en lo alto del Calvario para rescatarnos del pecado. Por lo tanto, ante las dificultades, las tristezas e incluso las enfermedades que abaten nuestro espíritu, debemos mantener siempre los ojos fijos en la cruz, nuestra única e inquebrantable esperanza. ✣

---

[1] Cf. Clausewitz, Carl von. *De la guerra.* Barcelona: Obelisco, 2021, p. 47.

[2] Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *Homilía*. São Paulo, 29/12/2007.

[3] Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. I-II, q. 2, a. 8.

[4] *Idem*, II-II, q. 20, a. 4.

[5] *Idem*, q. 35, a. 1.

[6] *Idem*, I-II, q. 35, a. 8.

[7] Cf. Clá Dias, EP, João Scognamiglio. *Homilía*. São Paulo, 11/1/2007.

[8] Marques, Adilson et al. «Religious-based Interventions for Depression: A Systematic Review and Meta-analysis of Experimental Studies». *In*: *Journal of Affective Disorders*. Amsterdam. N.º 309 (jul, 2022), p. 289.

[9] Penninx, Brenda et al. «Understanding the Somatic Consequences of Depression: Biological Mechanisms and the Role of Depression Symptom Profile». *In*: *BMC Medicine*. London. Vol. XI. N.º 129 (mayo 2013), p. 1.

[10] Santo Tomás de Aquino, *op. cit.*, I-II, q. 37, a. 4.

[11] Cf. *Idem*, q. 24, a. 1.

Francisco Lecaros

¿Cómo vencer antes incluso de la batalla? Haciendo que el enemigo pierda la voluntad de luchar. He aquí la táctica que los infiernos urden contra la humanidad

«Meditación», de Claude Monet - Museo d'Orsay, París. En la página anterior, Santa Juana de Arco - Plaza de las Pirámides, París

Santiago el Menor, apóstol y obispo de Jerusalén

Espejo de Cristo

Reproducción

Pariente del Salvador, lo imitó en su fidelidad y en su inmolación, convirtiéndose, en definitiva, en una imagen viva del divino Maestro.

Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas

La orfandad es uno de los sufrimientos más terribles que un hombre puede padecer. Algo similar a ese lancinante dolor invadió, sin duda, a los Apóstoles cuando el Señor subió al Cielo. Aquel a quien tenían por maestro, modelo, padre, amigo y redentor se había marchado… Una nube lo cubrió durante la ascensión y entonces quedó claro para todos que Jesús sería para siempre insustituible.

Podemos imaginar a los Apóstoles reunidos con la Virgen aquel primer día en que el universo parecía vacío sin la presencia física del Salvador, una ausencia quizá más terrible que la que sintieron en el propio entierro, pues ahora, en lugar de una piedra, la eternidad los separaba del Amado.

Es probable que quisieran recordar sus últimos momentos con el divino Maestro celebrando una misa. ¡La primera después de la Ascensión! Pero ¿quién presidiría tan solemne acto? Unos optaban por Pedro, que gozaba de la primacía entre todos; otros por Juan, el discípulo amado, depositario de los secretos del Corazón de Jesús. La duda se disipó cuando, mirándose unos a otros, se fijaron en Santiago, apodado «el justo, y hermano del Señor»,[1] cuya fisonomía se parecía tanto a la del Maestro que llevó a Judas a darle el beso infame al Redentor para que los soldados no lo confundieran con el apóstol.

No hubo duda: el santo sacrificio debía celebrarlo él, para que todos rememoraran el rostro del Salvador. ¡Qué honor y qué gloria para este apóstol asemejarse incluso físicamente a su modelo!

Primicias para Nuestro Señor Jesucristo

Hijo de Cleofás Alfeo y María —mencionada en los evangelios como María de Cleofás—, Santiago estaba emparentado con Jesús: su madre era prima hermana de Nuestra Señora. En la institución de los Doce, se le distingue de Santiago el Mayor por el epíteto «hijo de Alfeo» (Mc 3, 18).

Aunque el apóstol —según la opinión de algunos historiadores— era al menos diez años mayor que el Redentor, cabe suponer, por la afinidad entre ambos, que convivieron desde la infancia. Además, sería natural que Santiago siguiera con admiración el crecimiento de Jesús en sabiduría y en gracia (cf. Lc 2, 40), razón por la cual lo encontramos a su lado desde los primeros anuncios de la Buena Nueva.

Sin embargo, trascendiendo los vínculos de consanguinidad, su vocación se remontaba a los arcanos divinos, antes de su nacimiento, pues por inspiración divina su madre lo había ofrecido como nazareno, es decir, consagrado al Señor desde el vientre materno. Santiago sería a la vez primo del Verbo encarnado y consagrado a Él desde la concepción. Y cuánto se sabía amado gratuitamente por Dios lo dejaría entrever más tarde en su epístola: «Todo buen regalo y todo don perfecto viene de arriba, procede del Padre de las luces. […] Por propia iniciativa nos engendró con la palabra de la verdad, para que seamos como una primicia de sus criaturas» (1, 17-18).

El designio que se extendía sobre su familia se hizo evidente a lo largo de la vida pública de Jesús: su padre fue uno de los discípulos a quienes el divino Maestro se apareció en Emaús tras la Resurrección; su madre, compañera inseparable de la Santísima Virgen y una de las Santas Mujeres, estuvo al pie de la cruz en el Calvario; uno de sus hermanos, José, llamado «el Justo», se contaba entre los setenta y dos discípulos; otro, Judas Tadeo, fue apóstol como Santiago; y un tercero, Simeón, se convirtió en el segundo obispo de Jerusalén…

No obstante, a Santiago le correspondería un papel primordial, del que consideraremos algunos rasgos.

A la espera del glorioso despuntar de la Resurrección

Los evangelios hacen escasa mención a la biografía y obras de este primo del Maestro durante los intensos años de convivencia con Él hasta la Pasión. Según antiguas tradiciones de la Iglesia, Santiago profesaba por Jesús una afección tan especial que el dolor por su muerte lo llevó a prometer que ayunaría hasta que se cumpliera la profecía de la Resurrección. Así pues, el domingo de Pascua, Cristo se le apareció incluso antes de manifestarse a los demás.

De hecho, San Jerónimo respalda una tradición según la cual el Señor, después de romper la piedra, salió a su encuentro y, tomando un pan entre sus gloriosas manos, lo bendijo, lo partió y se lo presentó a Santiago: «Hermano mío, come tu pan, porque el Hijo del hombre ha resucitado de entre los muertos».[2]

La familiaridad de esta aparición reafirma nuestra impresión de que ambos se amaban como hermanos y nos ofrece, además, un detalle sorprendente: a pesar de los trágicos momentos de la Pasión, Santiago había guardado con veneración las palabras del Maestro y creía en ellas, porque su confianza en la Resurrección lo confirmó en la fe. Por ello, más tarde dirá: «Bienaventurado el hombre que aguanta la prueba, porque, si sale airoso, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman» (Sant 1, 12). En ese mismo sentido, aconsejará a los fieles de toda la Iglesia que tuvieran paciencia «hasta la venida del Señor» (Sant 5, 7) y alimentaran una fe íntegra, pues «el que titubea se parece a una ola del mar agitada y sacudida por el viento. No se crea un individuo así que va a recibir algo del Señor» (Sant 1, 6-7).

Para los oídos relativistas de hoy, tales palabras suenan algo duras, demasiado «radicales»… Santiago podía ser exigente con sus oyentes porque su propia conducta era irreprochable, modelo de fiel cumplidor de las palabras del Señor (cf. Sant 1, 22), un hombre que siempre demostraba su fe con obras (cf. Sant 2, 18), como *leitmotiv* de toda su vida. Esa conducta impoluta le había granjeado el respeto y la estima de sus hermanos en Cristo, e incluso de los judíos, entre los cuales gozaba de relevante prestigio.

La pluma del Apóstol de las gentes nos informa de una segunda visita del divino Maestro a Santiago en los días posteriores a la Resurrección. Escribiendo a los corintios, San Pablo cuenta que el Señor «se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los Apóstoles» (1 Cor 15, 5-7).

Al manifestarse de una manera tan particular a Santiago, el Señor quería confirmarlo en su misión, otorgándole un papel relevante entre los fieles de la Iglesia primitiva, para la cual debía ser, en cierto modo, su propia imagen.

Francisco Lecaros

El designio que se extendía sobre la familia se hizo evidente a lo largo de la vida de Jesús. Pero a Santiago le correspondería un papel primordial

Alfeo, María de Cleofás y sus cuatro hijos - Museo de Bellas Artes de Gante (Bélgica).
En la página anterior, Santiago el Menor - Iglesia de Santo Domingo, Arezzo (Italia)

El heredero de Jerusalén

La Iglesia de Jerusalén, primogénita de las Iglesias de Asia y del mundo entero, fue establecida por Jesucristo, quien, poco antes de la Ascensión, la confió a Santiago. Se trataba de un gesto sumamente fraterno y simbólico, porque el Señor legó a Pedro, príncipe de los Apóstoles, el trono del mundo, la ciudad de Roma; pero a Santiago le dejó su propia herencia, la ciudad del Hijo de David.[3]

Este privilegio le confirió cierta preeminencia en el colegio apostólico; todos respetaban su cargo y admiraban su virtud. El testimonio de San Pablo al mencionar a Santiago como el primero de entre las «columnas» de la Iglesia (cf. Gál 2, 9) muestra hasta qué punto era considerada su autoridad desde los primeros tiempos, como símbolo de unidad y fidelidad al Salvador.

El canon del Nuevo Testamento conserva otras alusiones a esa autoridad. Encontramos, por ejemplo, en la última de las epístolas católicas: «Judas, siervo de Jesucristo y *hermano de Santiago*, a los que son llamados, amados en Dios Padre y custodiados en Jesucristo» (Jds 1, 1). Análogamente, narran los Hechos de los Apóstoles que Pedro, encarcelado por orden de Herodes, fue liberado por un ángel y, antes de huir de la ciudad en busca de seguridad, recomendó a los fieles que

le informaran de todo «a Santiago y a los hermanos» (Hch 12, 17), indicando así la deferencia que tenía hacia el obispo de Jerusalén.

De hecho, en el Concilio de Jerusalén, alrededor del año 50, durante el cual se trataron las controversias presentadas por Pablo y Bernabé con respecto a los obstáculos que ciertas costumbres judías creaban en la evangelización de los paganos, fue Santiago quien, tras escuchar a unos y a otros, dictó la regla general que la Iglesia adoptaría en adelante: «A mi parecer, no hay que molestar a los gentiles que se convierten a Dios» (Hch 15, 19).

Una epístola-testamento

La fama de Santiago se había extendido tanto por las regiones de Asia Menor que muchos cristianos viajaban a Jerusalén sólo para verlo. San Ignacio de Antioquía, en una carta al apóstol San Juan, manifiesta su deseo de conocer al «venerable Santiago, apodado el Justo, de quien se cuenta que es muy parecido a Cristo Jesús en el rostro, el modo de vida y manera de comportarse, como si fueran hermanos gemelos nacidos de la misma madre».[4] El mártir de Antioquía añade además que decían que quien viera a Santiago encontraría al mismo Jesús en todos sus rasgos fisonómicos.[5]

No se nos ha concedido la gracia de contemplarlo, pero podemos vislumbrar la personalidad de este apóstol a través de la única epístola de su autoría que la tradición nos ha legado. En ella encontramos una meditación y una aplicación de las palabras del divino Maestro a la vida cotidiana de los fieles de los primeros tiempos, pero que aún hoy resuena con tanta actualidad como en aquellos días.

Entre la mayoría de esos primeros cristianos procedentes del judaísmo, existía una velada oposición entre lo que creían y la forma en que vivían. Para Santiago, sólo la integridad puede responder al desafío de la santidad: «Que vuestro sí sea sí, y vuestro no, no» (5, 12), dirá, a ejemplo de Jesús. «Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros. Lavaos las manos, pecadores; purificad el corazón, los inconstantes» (4, 8)… Recordemos que la hipocresía ya se había cobrado algunas víctimas en su comunidad, como Ananías y Safira (cf. Hch 5, 1-11); por lo tanto, era necesario extirparla de raíz. A los íntegros, en cambio, el santo les promete que incluso el demonio «huirá » (4, 7) de ellos.

Sus palabras revelan a una persona de principios, coherente, sincera: «El que sabe cómo hacer el bien y no lo hace, ese está en pecado (4, 17), porque «lo mismo que el cuerpo sin aliento está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (2, 26). Conviene que muestre «sus obras como fruto de la buena conducta, con la delicadeza propia de la sabiduría» (3, 13). El apóstol suplica: «No habléis mal unos de otros, hermanos» (4, 11), pues «el juicio será sin misericordia para quien no practicó la misericordia» (2, 13).

Al aunar, entonces, radicalidad y dulzura, Santiago no deja de lado la sencillez evangélica: «¿Está sufriendo alguno de vosotros? Rece. ¿Está contento? Cante» (5, 13). Y, como buen pastor, desea reunir de nuevo a las ovejas descarriadas de su rebaño: «Quien convierte a un pecador de su extravío se salvará de la muerte y sepultará un sinfín de pecados» (5, 20).

La Epístola de Santiago contiene además, de manera detallada, la doctrina del sacramento de la unción de los enfermos: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que recen por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor lo restablecerá; y si hubiera cometido algún pecado, le será perdonado» (5, 14-15).

En resumen, su carta, llena de fidelidad y amor por Jesús, puede ser considerada su mejor testamento, ya que Santiago sería llamado a sellar sus palabras con el testimonio de su propia sangre.

Reproducción

La fama de Santiago se extendió por Asia y muchos cristianos viajaban a Jerusalén sólo para verlo

Santiago el Menor cura a los enfermos - Iglesia de Santo Domingo, Arezzo (Italia)

El final santo de una vida santa

Tras la primera persecución contra los cristianos de Israel, que segó la vida de Esteban y Santiago el Mayor, llevándolos a inaugurar la ilustre procesión de los mártires, los fieles se dispersaron por los cuatro rincones de la tierra. En Jerusalén, tan sólo quedaron tres apóstoles: Pedro, Santiago el Menor y Juan. Siguieron veinte años de paz y expansión, período que condujo a Pedro y a Juan a ir lejos, para asumir otras sedes episcopales de la Iglesia naciente.

Alrededor del año 60, se desató una nueva persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Pablo, que se encontraba fortuitamente de visita, fue arrestado

y trasladado a Roma, lo que acabó propiciando que todo el odio del sanedrín se volviera contra Santiago, quien permanecía al frente de los fieles en la Ciudad Santa.

Gracias al historiador Flavio Josefo,[6] testigo ocular de los hechos, conocemos los detalles de lo ocurrido. Según señala, aprovechando el intersticio entre la muerte del gobernador Festo y la llegada de Albino, nombrado en su lugar, el sumo sacerdote ordenó que detuvieran a Santiago, lo hizo comparecer ante el sanedrín y lo condenó a la lapidación.

Hegesipo, un judío converso de aquella época, al transmitir la tradición que las primeras comunidades conservaron sobre el martirio de su pastor, añade que el sanedrín obligó al apóstol a subir al pináculo del Templo y, mientras proclamaba la divinidad de Jesús, desde allí arrojaron al Justo.[7] Al sobrevivir a la caída, los fariseos se abalanzaron sobre él para apedrearlo y uno de los presentes le golpeó la cabeza con un mazo, poniendo así fin a su vida y a su martirio.

Los cristianos recogieron con veneración el cuerpo del apóstol y lo enterraron junto al Templo, y muchos judíos que condenaron el hecho quisieron ver en este inicuo asesinato una de las causas de la destrucción de la Ciudad Santa, de aquella Jerusalén que había matado al Redentor y a los profetas, y que se había hecho una vez más culpable de la sangre de los inocentes.[8]

Francisco Lecaros

El martirio tan heroicamente afrontado selló en el alma de Santiago el semblante de Cristo sufriente, completando en él lo que le faltaba para seguir los pasos del Cordero inmolado

El martirio de Santiago el Menor - Iglesia de Santo Domingo, Arezzo (Italia)

Completó en sí la fisonomía de Cristo

«Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe» (Heb 13, 7-8). He aquí el consejo consignado en la Carta a los Hebreos, que posiblemente se refiera al martirio de Santiago, «el hermano del Señor», aquel que por altísimo designio había ostentado en su fisonomía, cual espejo purísimo, el rostro sagrado del Salvador.

Sin embargo, la grandeza de este apóstol no reside únicamente en su parecido físico con Jesús, sino, sobre todo, en haber configurado su alma con la de Cristo, asumiendo en sí los rasgos de la personalidad del Maestro, con sus virtudes y sufrimientos. El martirio tan heroicamente afrontado selló en el alma de Santiago el semblante de Cristo sufriente, completando en él lo que le faltaba para seguir los pasos del Cordero inmolado.

Santiago es, pues, un ejemplo para nuestros días: ¡Completemos en nuestras almas la imagen de Cristo, como un espejo resplandeciente, imitando con integridad al Señor en el camino de la cruz! ✣

---

[1] Cf. San Jerónimo. *De viris illustribus*, c. ii: PL 23, 639.

[2] *Idem*, 643.

[3] Cf. Maistre, Étienne. *Histoires de Saint Philippe, Saint Barthélemy, Saint Matthieu, Saint Thomas et Saint Jacques-le-mineur*. Paris: F. Wattelier, 1870, p. 394.

[4] San Ignacio de Antioquía. *Epistola ad S. Ioannem Apostolum et Evangelistam*: PG 5, 943-944.

[5] Cf. *Idem*, 944.

[6] Cf. Flavio Josefo. *Antigüedades judías*. L. XX, c. 9.

[7] Cf. Eusebio de Cesarea. *Historia eclesiástica*. L. II, c. 23: PG 20, 202.

[8] Cf. San Jerónimo, *op. cit.*, 642.

Auxilio eficaz en las pequeñas y grandes ocasiones

A una madre se le pide de todo: desde ayuda para resolver problemas intrincados hasta apoyo ante los contratiempos del día a día. Y la inquebrantable bondad con la que nos atiende se convierte en prenda de confianza.

Elizabete Fátima Talarico Astorino

«¡Doña Lucilia!» es el primer pensamiento que, como una plegaria, acude a los labios y al corazón de gran parte de sus devotos ante cualquier dificultad. Algunos encomiendan a su maternal cuidado pequeños asuntos cotidianos, otros buscan solución a grandes dificultades; y ella siempre va atendiendo a unos y otros, de manera discreta, respetando los tiempos de la gracia propios de la vida espiritual de cada uno.

Ahora bien, Dña. Lucilia a veces se encuentra con corazones algo vacilantes ante su acción… Sin embargo, esto no constituye obstáculo alguno para su desvelo maternal, que amorosamente supera los impedimentos de la incertidumbre.

Veamos cómo confirmó la eficacia de su acción en los grandes y en los pequeños casos que narramos a continuación.

En medio de la tribulación, el encuentro con Dña. Lucilia

Cássia Oliveira y su esposo atravesaban una dura prueba: habían perdido a un bebé unos dos meses antes del parto y el tiempo pasaba sin que se vieran consolados por la llegada de un nuevo hijo. Además, complicaciones de salud hicieron aún más remota esta posibilidad, una situación que los entristecía mucho.

En una ocasión, durante una visita a la ciudad de Cotia (Brasil), se acercaron a la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima y decidieron asistir a misa. Al término de la liturgia, fueron a saludar al celebrante, como es costumbre entre los fieles. Aprovecharon la oportunidad para contarle al presbítero heraldo sus dificultades y pedirle una bendición para que pudieran tener un hijo.

El sacerdote accedió, animándolos con la esperanza de que obtuvieran la gracia en el plazo de un año… Y antes de que lo tacharan de temerario, les

La pareja se halló ante la basílica de los Heraldos, le contó al sacerdote sus dificultades y le pidió una bendición

João Paulo Rodrigues

Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

explicó que pondría el caso en manos de Dña. Lucilia, refiriéndoles sucintamente quién era ella y cómo atendía con prontitud las peticiones hechas con fe. Les recomendó que rogaran su intercesión y que, si eran escuchados, regresaran para bautizar allí a su nuevo retoño, como prenda de gratitud.

El nacimiento tan esperado

Así lo relata Cássia: «Al mes siguiente, en septiembre, ¡descubrí que estaba embarazada! Mi esposo y yo nos alegramos muchísimo. Estaba segura de que había alcanzado la gracia y dije: "¡Vamos a tener que cumplir esa promesa!". El embarazo fue bastante complicado. Estuve ingresada varias veces, con mucha inseguridad y miedo de perder al bebé, pero confiando siempre en Dios; y también empecé a confiar en la intercesión de Dña. Lucilia, pidiéndole siempre su auxilio».

Su hijo, Gregório, finalmente nació muy sano y, conforme a lo prometido, fue bautizado en la misma iglesia donde sus padres recibieron la promesa de la ayuda de Dña. Lucilia. No obstante, Cássia mantuvo cierta reserva respecto a su intercesora, sintiéndose temerosa de confiar por completo en ella: «Confieso que agradecí mucho las bendiciones, creía firmemente que hubo intercesión del sacerdote, que él había sido el canal de esta gracia, pero seguía un poco reticente, porque pensaba: "Doña Lucilia aún no ha sido canonizada, ¿entonces será realmente santa?…". No sabía muy bien qué pensar. Por supuesto que creo que las personas que llevan una vida ejemplar y dejan este legado en vida están en la gloria de Dios; pero, aun así, algo me impedía escribir mi testimonio».

Cássia dejó, pues, que pasara el tiempo…

Nuevo apuro, nuevas súplicas

De repente, una nueva necesidad recondujo su mirada hacia Dña. Lucilia.

Cássia es profesora y, como ocurre al comienzo de cada curso, hubo una reorganización de horarios en el colegio en el que trabaja, lo que la obligó a aceptar algunas clases en período nocturno. Al ver que esto afectaría bastante su rutina como madre y la obligaría a pasar mucho tiempo lejos de su hijo, no dudó en pedir ayuda a Dña. Lucilia. «Señor, sé que hay tantos problemas peores que el mío, tanta gente enferma —pensaba—, pero ésa es mi realidad hoy, ésta es la petición que te hago: que me dispensen de esas clases por la noche y pueda dar clases durante el día».

Con mucha confianza, Cássia hizo una novena a Dña. Lucilia, contemplando fervorosamente la misma fotografía que había recibido tiempo atrás, en su primera visita a la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima. Continúa su narración: «Recé: "Dña. Lucilia, le pido de nuevo su intercesión. Usted está al lado de Dios, ya me ayudó la primera vez; por eso, le pido su intercesión". También hice un propósito: si todo salía bien, si no tuviera que impartir clases nocturnas, enviaría un relato y contaría que había recibido dos bendiciones en mi vida».

Reproducción

María Fernanda después del accidente, con una fotografía de Dña. Lucilia; arriba, su automóvil

> *«¡Doña Lucilia, madre nuestra, ayudadme!» habría sido su última palabra, de no ser por el auxilio inmediato de su protectora*

Al informarse mejor sobre la vida de Dña. Lucilia y buscando datos acerca de ella en las redes sociales, Cássia se fue convenciendo de que sería escuchada. Restaba sólo saber cuándo y cómo sucedería eso.

Segunda intervención de Dña. Lucilia

Tal vez para fortalecer la fe de Cássia, la Providencia quiso atenderla poco a poco y exigirle perseverancia en la oración.

En vísperas del inicio de las clases, un inesperado y doloroso fallecimiento obligó a la dirección a modificar la carga lectiva de varios docentes, lo que hizo posible que Cássia recibiera casi todas las horas diurnas que deseaba. Sólo le quedaron tres clases nocturnas; por lo tanto, estaría lejos de su hijo nada más que una noche. Sin embargo, Cássia persistió en la oración, pues anhelaba la gracia completa y ya estaba convencida de que Dña. Lucilia la obtendría de Dios.

Y siguió esperando: «Ni siquiera imaginaba cómo podría suceder… Pasaron dos días y la profesora que tenía las otras clases diurnas, es decir, las que

yo quería, me dijo: "Cássia, me pongo en contacto contigo porque voy a dejar las clases diurnas. No voy a poder dar esas clases porque estoy en otra escuela. Quería saber si puedes hacer un cambio conmigo: tú coges esas clases durante el día y yo me quedo con las clases de la noche"». ¡Era la solución perfecta para el caso!

Cássia concluye su relato muy agradecida y convencida de tener una intercesora fiel, que vela por sus necesidades: «Ahora debo cumplir mi promesa, creyendo que he recibido de hecho la intercesión de Dña. Lucilia nuevamente, y por eso estoy muy contenta».

Pintura al óleo basada en una de las últimas fotografías de Dña. Lucilia, tomada en 1968

Un accidente mortal

Para María Fernanda Alves Aguiar, residente en Maringá (Brasil), la súplica «¡Sra. Dña. Lucilia, madre nuestra, ayudadme!» habría sido su última palabra en esta vida, de no ser por el auxilio inmediato que la bondadosa dama le concedió en el momento de un grave accidente de tráfico, ocurrido en la carretera BR-376.

María Fernanda trabaja en la ciudad de Marialva, a pocos kilómetros de Maringá. Un día, de camino a casa, conducía por el carril lento de la autopista cuando un camión de doble remolque, cuyo conductor parecía tener más prisa que ella, empezó a adelantarla.

Durante la maniobra, no obstante, el camión chocó con la parte trasera izquierda del vehículo de María Fernanda, lo que le hizo perder el control: «Mi coche dio unas vueltas, salió despedido delante del camión —que seguía avanzando por el carril izquierdo— y fue empujado durante unos largos segundos… Pensando que el coche no iba a parar, grité literalmente: "¡Sra. Dña. Lucilia, madre nuestra, ayudadme!"».

«¡Estás muy protegida!»

Al analizar posteriormente el episodio, María Fernanda confesó que su grito de angustia no buscaba salvar su vida, pues enseguida se dio cuenta de que el accidente sería mortal. En aquella súplica, pedía que Dña. Lucilia fuera su abogada ante el supremo tribunal de Dios e imploraba la salvación de su alma.

> *La petición era sencilla, pero en los momentos de ansiedad los detalles adquieren proporciones enormes y Dña. Lucilia, como madre, lo entiende perfectamente*

Ahora bien, Dña. Lucilia obtuvo de la Providencia que fuera preservada y que su permanencia en esta vida se convirtiera en testimonio del poder sobrenatural. Apenas pronunció el nombre de su celestial intercesora, María Fernanda vio cómo su vehículo —que hasta entonces seguía siendo empujado a toda velocidad por el camión— se detenía, no sabe cómo, en la mediana de la autopista, mientras el camionero continuaba su camino sin prestarle ningún tipo de auxilio.

Como si viniera a confirmar la protección del Cielo, el vehículo accidentado se detuvo entre una señal y un poste, sin chocar con ninguno de los dos, lo que habría sido fatal a la velocidad a la que circulaba. Además, y esto es aún más asombroso, ¡María Fernanda no sufrió ni un solo rasguño! Algunas personas acudieron al lugar pensando que habría allí un muerto o al menos alguien gravemente herido, y no pudieron ocultar su sorpresa al verla salir del coche sana y salva. Hubo quien exclamó: «¡Vaya, estás muy protegida!… ¡Pensé que ibas a morir!».

María Fernanda perdió su automóvil, pero ¿qué significa un perjuicio material comparado con el valioso don de la vida? Muy agradecida a su intercesora celestial, reconoce que le debe mucho a Dña. Lucilia por la ayuda constante que recibe en todas las circunstancias del día, en una vida que ha adquirido un sentido diferente a sus ojos después de tan trágico acontecimiento.

Invisible para los guardias de seguridad…

A unos, Dña. Lucilia auxilia en casos extremos, como el que acabamos de ver; a otros, ayuda discretamente en las dificultades del día a día. Así lo atestigua, desde Portugal, Bernardete Monteiro, quien confirmó su intervención ante una necesidad corriente.

Así comienza su relato: «El año pasado, a mi madre le salió una afta muy grande en la boca. Tuvimos que ir al médico con cierta urgencia porque le dolía mucho y sentía molestias al co-

mer». Como el problema podría ser más grave de lo que parecía, la médica de guardia le mandó unas pruebas y análisis más exhaustivos.

«Fuimos a ver al médico de cabecera, que nos derivó al hospital. Allí, en el área de urgencias, yo no podía acompañar a mi madre; tenía que quedarme en una sala para familiares. Así que le pedí a Dña. Lucilia que me ayudara a entrar con mi madre, que los guardias de seguridad no notaran mi presencia y que pudiera acompañarla a la consulta». La petición era sencilla, pero en esos momentos de ansiedad, los detalles adquieren proporciones enormes; y una buena madre, como Dña. Lucilia, lo entiende perfectamente.

La dificultad surge cuando una de las enfermeras le advirtió a Bernardete de que no le estaba permitido circular por aquella zona. Entonces intensificó su petición a Dña. Lucilia; y fue atendida, pues de ahí en adelante nadie más la molestó: «Lo cierto es que yo parecía "la mujer invisible", porque los guardias de seguridad pasaban y les llamaban la atención a otros familiares allí presentes, avisándoles de que tenían que irse y esperar afuera, y a mí no me decían nada; la enfermera que nos atendió ciertamente me veía, pero tampoco me dijo nada…».

Concluye Bernardete: «Sé que fue Dña. Lucilia quien me ayudó y me amparó aquel día. Al final de la consulta, recibimos la buena noticia de que se trataba de una afta común, que sólo requería tratamiento. Es un testimonio muy sencillo, pero referido a un día de gran sufrimiento, en el que sentí claramente la ayuda de Dña. Lucilia. Y prometí publicar este favor recibido por su intercesión».

Suave y luminosa sonrisa

Incrementado el número de sus pequeñas y discretas intervenciones, encontramos a Dña. Lucilia resolviendo, en la ciudad de Fortaleza (Brasil), otra dificultad también doméstica, pero sin aparente solución.

Patricia Paz, su esposo y sus hijos esperaban ansiosos la visita de dos hermanos de los Heraldos del Evangelio, quienes llevarían el oratorio del Inmaculado Corazón de María a su hogar. Todo estaba preparado y los heraldos de camino cuando ocurrió lo que cuenta Patricia:

«Faltando unos treinta minutos para la hora acordada, las diez de la mañana, se fue la luz de la casa. En nuestras circunstancias, era un problema que haría inviable la visita, ya que donde vivimos hace mucho calor y necesitaríamos el aire acondicionado o al menos un ventilador para poder estar en el salón. ¿Y cómo íbamos a hacerlo si no teníamos electricidad?».

Para acabar con la ya escasa esperanza de todos, su marido recibió un aviso en su móvil de la compañía distribuidora en el que se comunicaba de que el suministro eléctrico estaría en mantenimiento hasta las tres de la tarde en toda la región… ¡Qué decepción! ¿Qué podían hacer? La solución se les escapaba completamente de las manos. Ambos pensaron en cancelar el compromiso, pero los heraldos ya estaban a punto de llegar… Entonces, Patricia se acordó de Dña. Lucilia:

«En ese mismo instante, pedí la intercesión de Dña. Lucilia, ¡y volvió la luz! La Virgen llegó poco después con nuestros queridos hermanos. Le dirigimos a Ella nuestras plegarias: compartimos juntos un rato de convivencia y nos hicimos una fotografía para inmortalizar el momento. Justo después, se cortó de nuevo la electricidad. ¡Dña. Lucilia nos asistió con su auxilio para que experimentáramos el Cielo aquel día!».

Una vez más, haciendo honor a su nombre, que evoca la luz, Dña. Lucilia iluminó con su presencia una situación incómoda, invitándonos también a nosotros a abandonar en sus manos los problemas de nuestra vida, sean pequeños o grandes, confiando en su pronta y eficaz ayuda. ✣

Tras pedir la intercesión de Dña. Lucilia, volvió la luz, y la familia pudo recibir la esperada visita de la Virgen

Reproducción

La familia de Patricia, acompañada por los dos heraldos que visitaron su hogar

Unidos al Redentor en su Pasión y Resurrección

Culminación del año litúrgico, las celebraciones del triduo pascual son ocasión de innumerables gracias para quienes participan en ellas. Ilustran estas páginas algunas de las ceremonias realizadas en las distintas iglesias y comunidades de los Heraldos del Evangelio. En tierras brasileñas, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras; en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de Cotia; en la parroquia de Jesús Buen Pastor, de Ciudad Estructural; y en las casas de los Heraldos de Campo Grande y de Maringá. En Portugal, en el santuario de Nuestra Señora de Sameiro, de Braga; en Ecuador, en el Santuario Eucarístico María Francisca de las Llagas, de Cununyacu; en Colombia, en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, y en el oratorio de Nuestra Señora de la Reconquista, de El Retiro; en Paraguay, en la Iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí; en El Salvador, en la iglesia en construcción, de San Salvador, cuya celebración de la Pasión del Señor fue presidida por Mons. Luigi Roberto Cona, antiguo nuncio apostólico en ese país, destinado ahora a Siria; y en la casa de los Heraldos en Ciudad de Guatemala. Destacamos también los vía crucis realizados en la casa de los Heraldos de Maputo, Mozambique, y en la capilla de Santa Inés, de Mairiporã, Brasil; así como la celebración del Domingo de Ramos en la casa de los Heraldos de Fortaleza, Brasil.

María José Feliz
Mairiporã (Brasil)

Saydel Adriano
Fortaleza (Brasil)

Ivano Abubacar
Mozambique

Diego Britez
Paraguay

Sergio Cespedes
Cotia (Brasil)

Nuno Moura
Portugal

Stephen Nami
Caieiras (Brasil)

Roberto Salas
Guatemala

Sebastián Cadavid
El Salvador

Fotos: Sergio Céspedes

Cotia (Brasil)

Cotia (Brasil)

El Retiro (Colombia)

Josué Sánchez

Sergio Céspedes

Cotia (Brasil)

Emilio Páez

Ecuador

Paraguay

José Carlos Centurión

Nuno Moura

Portugal

Maria Fernanda Aguiar

Maringá (Brasil)

Tocancipá (Colombia)

Jesse Arce

David Domingues

Cotia (Brasil)

Stephen Nami

Caieiras (Brasil)

Campo Grande (Brasil)

David Stüepp

Diego Britez

Paraguay

Thaliza Mendes

Ciudad Estructural (Brasil)

El Retiro (Colombia)

Alejandro Restrepo

Fotos: Weverton Cunha

Brasil, Juiz de Fora – Afectados por las últimas inundaciones, los residentes del barrio Vila Ideal recibieron, el 2 de marzo, la reconfortante visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, ocasión en la que se repartieron alimentos, colchones, productos de limpieza y artículos de higiene personal.

Juan Diego Herrera

Ivo Criollo

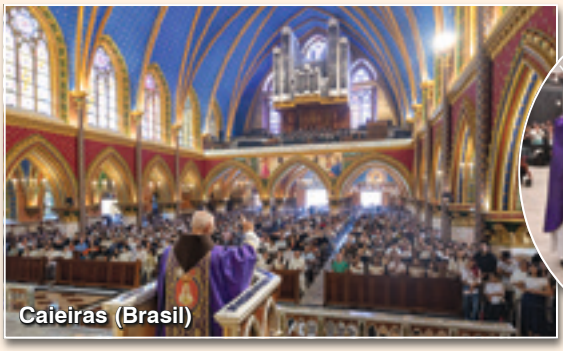
Ecuador – En Cuenca, la imagen peregrina recibió un caluroso homenaje por parte de los alumnos del Instituto Educativo Ausubel (foto 1) y del grupo de catequesis del Colegio Nuestra Familia (foto 2). En Salinas, el 10 de marzo, le rindieron homenaje los miembros de la unidad militar Grupo de Artillería N.º 5 Atahualpa.

Fotos: Laercio Peixoto

Brasil, Fortaleza – El 26 de marzo, el Ayuntamiento de Fortaleza homenajeó a los Heraldos del Evangelio en una sesión solemne presidida por el concejal Jorge Pinheiro, quien destacó la labor de los miembros de la entidad en la formación cristiana de la sociedad y en la asistencia espiritual a la comunidad.

Esclavos de amor a Jesús, por María

Entre febrero y marzo, nuevas tandas del curso ofrecido por la Plataforma de Formación Católica Reconquista hicieron su solemne consagración como esclavos de amor a Jesús, por medio de María, según el método de San Luis Grignion de Montfort. Destacamos las ceremonias realizadas en las ciudades brasileñas de Goiania, Joinville, Cotia y Caieiras; así como en Estados Unidos —celebración presidida por Mons. Timothy Freyer, obispo auxiliar de Orange—, en México —en Xochimilco, celebración presidida por Mons. Juan María Huerta Muro, OFM, obispo diocesano—, en República Dominicana, Colombia, Ecuador, Chile, Paraguay y Argentina.


Caieiras (Brasil)

Stephen Nami

Estados Unidos

Knut Nguyen

Xochimilco (México)

Ronny Fischer

Colombia

David Bedoya

Ciudad de México

Ronny Fischer

Paraguay

Stefano Pigliacelli

Cotia (Brasil)

Emerson Júnior

República Dominicana

Juan Tomás Tavares

Ecuador

Ivo Criollo

Joinville (Brasil)

João Paulo Rodrigues

Argentina

Alejandro Costantini

Chile

Marcelo Vitanni

Goiania (Brasil)

Henrique Souza

Reflexión, serenidad y juicio en el arte de Vermeer

Hay obras de arte que impactan por su perfección técnica, realismo y viveza, invitándonos a ir más allá… Al adentrarnos en una atmósfera de misterio, percibimos poco a poco sus diferentes «piezas», en una composición que parece querer transmitirnos un mensaje.

Santiago Vieto Rodríguez

Lo poco que se sabe de la vida de uno de los mayores maestros de la pintura barroca de los Países Bajos, Johannes Vermeer (1632-1675), parece indicar que, a pesar de haber nacido en un entorno predominantemente protestante, ingresó en la Iglesia católica, por influencia de su esposa y con la ayuda de los jesuitas. Los estudiosos sostienen que esto explicaría el hecho de que sus quince hijos recibieran el bautismo católico, así como que poseyera un estilo «imaginario ortodoxo» utilizado por él en obras como la Alegoría de la fe.

Artista enigmático —dedicado casi exclusivamente a la pintura de género[1] en la esfera temporal, con un estilo costumbrista—, logró crear en sus obras una atmósfera única, con un aire de religiosidad que aún hoy intriga a profanos y expertos.

Invitamos al lector a analizar con atención el cuadro que aquí se presenta, conocido como *Vrouw met Weegschaal*, en el original neerlandés, traducido como *Mujer con balanza*, modesto título que deja al espectador libre de sacar sus propias conclusiones.

En una magistral demostración que justifica el apodo dado a Vermeer de «Maestro de la luz», contemplamos un claroscuro intenso pero sutil, con lo mejor de un Caravaggio, aunque sin excesiva teatralidad. Al dejar que la luz se difunda a través de un velo dorado, en un ambiente de serenidad temporal, el pintor bátavo nos invita a adentrarnos con calma en cada uno de los aspectos de la obra. Algo que, sin duda, contradice cierta forma de sensibilidad moderna acostumbrada al consumo sucesivo de imágenes fútiles y superficiales, a menudo diseñadas para suscitar apetitos desequilibrados e irreflexivos, que exacerban las pasiones.

El uso de colores complementarios —del que el *marketing* contemporáneo tanto abusa para crear un impacto visual—, se aprecia en esta obra a través de los diversos tonos de azul intenso, en perfecta sintonía con la gama de ocres y amarillos napolitanos, discretos y armoniosos, formando un conjunto cohesionado y equilibrado, sencillamente admirable.

Muchos han clasificado el cuadro como perteneciente al género pictórico conocido como *vanitas*, un tema casi olvidado hoy en día, que invita a reflexionar sobre la futilidad de los bienes temporales, basándose en el famoso versículo del Eclesiastés: «*Vanitas vanitatum et omnia vanitas* —¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!» (1, 2).

Al trasladar los principios de los cuadros del tipo *vanitas* —generalmente circunscritos al ámbito de los «bodegones»— a la pintura de género, la obra se presenta como heredera de épocas anteriores, en las que con frecuencia se retrataban los novísimos del hombre —muerte, juicio, Infierno y Paraíso—, sacando a relucir la inmortalidad del alma y su destino final. No era raro encontrar, en estos casos, a reyes y obispos entre los condenados, lo que ponía de relieve que, independientemente de la condición social, nadie escapa a la justicia divina.

La figura de la joven que sostiene una balanza es una alusión al juicio. Sobre la mesa se observan objetos de valor pecuniario: perlas, metales preciosos y monedas. Frente a ella hay un espejo, que podría representar la banal invitación a la autocontemplación vanidosa.

Llama la atención el hecho de que en los platillos del instrumento de medición —dispuestos en una asimetría dinámica— no haya nada visible, lo que podría apuntar a la búsqueda de bienes espirituales. Teoría confirmada por la mirada recatada y serena del rostro de esta «jueza» de porte distinguido, que, con sus manos finas y tranquilas, irradia humildad e integridad en el gesto. Cubriéndose con modestia, goza

Reproducción

«Mujer con balanza», de Johannes Vermeer - Galería Nacional de Arte, Washington

de paz de alma y prefiere los valores eternos a los temporales dispuestos sobre la mesa; y el autoconocimiento interior, al deleite de su efímera belleza reflejada en el espejo.

Al fondo, colgado en la pared, se aprecia un cuadro del Juicio final, que reafirma la intención del artista de hacer comprender al espectador que la vida ordinaria se proyecta en la eternidad y que somos pesados y medidos en cada acto de nuestra vida diaria. Al igual que esta joven, también somos protagonistas de una «obra maestra» llamada *Historia*, en la que el bien y el mal se enfrentan continuamente, ejércitos cuyos contendientes terminarán, ante el divino Juez, como vencedores a la derecha o como derrotados a la izquierda.

De manera casi mística, críticos como John Michael Montias creen ver incluso en esta mujer —que parece estar a punto de dar a luz— una alegoría de la propia Virgen María, quien simbólicamente, en una dimensión mediadora, pesa las almas para presentarlas a Dios, gestándolas en sí para la salvación.

Sea cual sea la interpretación, lo cierto es que la minuciosa contemplación de una obra de arte de tal envergadura y densidad nos introduce en una elevación meditativa, obligándonos a salir de la vorágine moderna que tan a menudo valora más lo abstracto y confuso, en detrimento de lo alegórico y luminoso. Al ayudarnos a penetrar en la mentalidad que une lo cotidiano con lo eterno, lo mundano con lo religioso, el cuadro nos ofrece una mirada circunspecta, plácida y esplendorosa de la vida. ✣

---

[1] La pintura de género es un tipo de obra artística en la que se representan escenas de la vida cotidiana en interiores o exteriores.

El profeta Isaías - Catedral de Amiens (Francia)

Inquebrantable certeza de la victoria

El profeta Isaías es un batallador y, al mismo tiempo, un contemplativo de la batalla.

En esta contemplación, ve a los enemigos de Dios avanzando por todas partes y siente lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo: «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20).

Y piensa: «Todos tienen un punto de beneplácito, yo no. Todo es mal, dolor, oposición. Sin embargo, Dios es más grande que todos las embestidas». La certeza de la victoria divina está presente. Se hallaba dispuesto a prorrumpir en catilinarias y no tenía lástima de sí mismo. He aquí la visión del mundo del profeta Isaías.

Plinio Corrêa de Oliveira

Sergio Hollmann

Sumario